

**Elementos Estéticos de la Novela Urbana en “La Sexta después de las Ocho”**

**Eliana Morales Castillo**

**Próxima a recibir el título como  
Licenciada en Literatura  
Universidad del Valle  
Colombia  
2016**

**Elementos Estéticos de la Novela Urbana en “La Sexta después de las Ocho”**

**Asesora:**

**Mayra Sarmiento**

**Eliana Morales Castillo**

**Próxima a recibir el título como**

**Licenciada en Literatura**

**Universidad del Valle**

**Colombia**

## Tabla de contenido

<b>Elementos Estéticos de la Novela Urbana en “La Sexta después de las Ocho”</b> .....	5
<b><i>I. La Narrativa Urbana en algunas creaciones colombianas</i></b> .....	7
<b>I.I Elementos históricos que alimentan el estudio frente a la Narrativa Urbana</b> .....	10
<b><i>I.II Civilización americana con visión y postura europeas</i></b> .....	11
<b>I.III Boom Latinoamericano</b> .....	12
<b>II. La Narrativa Urbana como género literario</b> .....	13
<b>III. “La sexta después de las ocho” en relación a la narrativa urbana</b> .....	14
<b><i>IV. “La Sexta después de las Ocho”, en contraste de los Principios Estéticos de la Novela Urbana Crítica Contemporánea.</i></b> .....	17
<b><i>La Sexta después de las Ocho</i> ELIANA MORALES CASTILLO. Licenciatura en</b>	
<b>Literatura</b> .....	21
<b><i>El innombrable.</i></b> .....	30
<b><i>A la orilla del camino.</i></b> .....	39
<b><i>La navidad trae consigo el pasado.</i></b> .....	66
<b><i>El tiempo se desliza entre mis dedos.</i></b> .....	73
<b><i>Estaba sola, lo sabía. Contaba conmigo y lo que tuviera en el bolsillo.</i></b> .....	82
<b><i>Despedida sin encuentro.</i></b> .....	88
<b><i>Creación sin vida.</i></b> .....	96
<b><i>Leyendo entre líneas.</i></b> .....	106
<b><i>La sexta después de las Ocho</i></b> .....	111
<b>Referencias Bibliográficas</b> .....	123

## **Abstract**

Dentro de los textos que alimentan el actual análisis se encuentran: *Ciudades Escritas* de Luz Mary Giraldo; Al igual que *Imaginarios Urbanos*, del filósofo y semiólogo colombiano Armando Silva; también ha sido de vital importancia los estudios que nos entrega Mario Armando Valencia con *Principios Estéticos de la Novela Urbana, Crítica y Contemporánea*; también la obra *Ciudad y Literatura (III Encuentro de Nuevos Narradores de América Latina y España)*, compilación de ensayos de escritores latinoamericanos y españoles, que se encargan de incluir las visiones frente a la narración de las ciudades que ahora están escritas y los elementos primordiales para analizarlas. Dentro de los trabajos compilados y abordados, se tienen en cuenta más que nada, los ensayos de escritores colombianos tales como: Cristian Valencia, Efraim Medina, Alonso Sánchez Baute y Antonio García.

## Elementos Estéticos de la Novela Urbana en “La Sexta después de las Ocho”

*Para distinguir las cualidades de las otras ciudades,  
debo partir de la primera ciudad que permanece implícita.*

**Ítalo Calvino.**  
*Las ciudades invisibles*

Las ciudades han ganado espacio en la literatura de diversas formas, en Europa sobresalen sin fin de autores que enriquecen dicho elemento; autores de los cuales mencionaremos especialmente a Baudelaire. En Latinoamérica: Borges, Cortázar, Sábato, Onetti, Rulfo y Donoso han edificado grandes ciudades teniendo como herramienta prima las letras, ciudades reales, imaginadas o reelaboradas, ciudades que, según Luz Mary Giraldo: “tienen su sitio en la literatura y en el mundo y tanto su concepción como su imagen apelan a lectores y críticos. Si la ciudad contribuye a la definición de la mentalidad urbana, la literatura expone sus imaginarios”.

Baudelaire suma importancia no sólo por su percepción e inclusión de la ciudad en su obra, sino también, por el arduo trabajo que se impone al liberarse un poco de la herencia del Romanticismo; de manera diestra acepta una tarea nada fácil pero necesaria, oxigenar la poesía. Resuelve jugar con la métrica, la desordena y revitaliza o como asegura Julia Manzano Arjona: “...la poesía, la modernidad, para Baudelaire, podría tener el significado de una aspiración perpetua de novedad, de renovación tanto en el *contenido* como en las *formas*” (Arjona, 2016). Afirma que el lenguaje poético tal cual había sido abordado por los poetas del siglo XVII, continuaba en el siglo XIX y el lenguaje elevado propio de los románticos, seguía exigiéndose. En relación a la identificación con la naturaleza la frase de Walter Benjamin expresará de manera simple pero profunda la labor de nuestro poeta, “va a hacer botánica al asfalto”. Lo anterior se confirma en la omisión de la misma en sus poemas o incluso cuando la aborda desde otro ángulo, la naturaleza ya no es objeto de veneración, todo lo contrario hay desapego y desasosiego, en *El Spleen de Paris* (libro en el que se incluyen, en palabras de Baudelaire “poemas en prosa”) indica: “Y ahora la profundidad del cielo me consterna, su limpidez me exaspera. La insensibilidad del mar y la inmutabilidad del espectáculo me sublevan...”.

Los parnasianos también promovieron en gran medida los confines de la poesía, alejada de los elementos taxativos del Romanticismo, escritores tales como Théophile Gautier y Leconte de Lisle, quienes en palabras de Manzano, propugnaban una “...exaltación olímpica de la calidad externa de la poesía, y a la vez un sentido impersonal” (Arjona, 2016), separando así la lírica de manera radical de los excesos del *subjetivismo romántico*; sentando un precedente artístico identificado con la expresión: *l’art pour l’art*, confinando toda contingencia humana de aspectos sociales, políticos o morales. Baudelaire como contemporáneo de los parnasianos, llegaría a trasfigurar un elemento, el lenguaje, ya los términos elevados no serían la herramienta comunicacional; algunos estudiosos indican que la experiencia del poeta como caminante primero y creador después, capta en este aspecto gran importancia, es como si vislumbrara en su camino y noches, la incidencia de los términos frente al acercamiento u omisión de grupos poblacionales. Félix de Azúa determina dicha conducta en *Baudelaire y el artista de la vida moderna* de esta manera: “no se trataba de un desafío, de esa actitud ofensiva propia de la siguiente generación, sino de una teoría de lo moderno, en la que no se citaba, pero se adivinaba, un nuevo público” (Azúa, 1999). Es también por esto que el mismo autor indica que en el siglo XIX nació un nuevo objeto artístico: *La metrópolis*, de la que el primero en aceptar dicha “naturaleza viviente como tema lírico” fue Baudelaire.

### ***I. La Narrativa Urbana en algunas creaciones colombianas.***

Son muchas las obras latinoamericanas que cuentan con elementos propios de la narrativa urbana; sin embargo, nos centraremos en algunas de las obras que dan cuenta de las ciudades escritas de Colombia como: “Aire de Tango” del antioqueño Manuel Mejía Vallejo, “Al diablo la maldita primavera” del valduparense Alonso Sánchez Baute, “Opio en las nubes” del bogotano Rafael Chaparro Madiedo, “¡Qué viva la música!” del caleño Andrés Caicedo, “Érase una vez el amor, pero tuve que matarlo” del cartagenero Efraím Medina Reyes, “El siguiente por favor” del cartagenero Íos Franández; principalmente.

Las narraciones que se incluyen en el presente ensayo muestran atmósferas que en definitiva reedifican la ciudad; los escritores y/o sus protagonistas transitan lugares relegados, viven en la consecución de sus noches, circunstancias adversas, sufren la rutina de los desdichados. Resulta en esta medida sugestiva la inventiva de Baudelaire comunicada en su poema en prosa *Las multitudes*: “no a todo el mundo le es dado tomar un baño de multitudes: gozar de la muchedumbre es un arte”. El experimentar dichas situaciones tal cual lo concibió nuestro artista, permite a los autores transmitir de manera intensa todo en relación a aquellos mundos, ya no gratos sino diversos y rutinarios para *la muchedumbre*.

Los escritores en esta medida visibilizan a los protagonistas e historias que los noticieros excluyen por razones sociales, políticas y/o morales; las obras nombradas no sólo citan a estos innombrables, sino que le ceden la voz otorgándoles credibilidad, posibilitan su comunicación con el mundo. Reescriben temáticas como drogadicción, prostitución, orgía, homosexualidad y aborto; temáticas que no se pretenden anunciar como tipologías a las que se deben adaptar la “pluralidad y variedad irreductible de la naturaleza humana”, como presume Julia Manzano en relación a los “fisiólogos”, contemporáneos de Baudelaire, quienes intentan “identificar y clasificar los tipos que habitan y pululan por la ciudad, desde el tendero ambulante, al elegante del *foyer* de la Ópera” (Arjona, 2016); al igual que el poeta, los autores de las obras citadas, se relacionan en un sentido humano, conviven, entregan y reciben un trato familiar con los seres que transitan las calles

nocturnas y luego habitan las páginas de sus construcciones, dichos libros dan cuenta de su relación y existencia.

La extensión geográfica de las ciudades no parece importar, lo que sí gana relevancia es la incidencia de esta en sus habitantes. La ciudad deja de ser un telón de fondo para convertirse en un personaje más, que afecta a quienes la transitan, en la misma medida que ella muta y se llena de los otros. La rutina citadina se estimula, se resignifican los valores sociales en relación a estos personajes que en suma protagonizan escenarios no convencionales; se abordan desde el carácter humano, se incluyen, se hacen visibles. Esa parte no reconocida, rechazada, juzgada se advierte como complemento, como parte esencial; citarlos a las páginas literarias es ejercicio ecuánime, se logra por medio de la literatura algo que en un sentido social y político no se efectúa.

La narrativa urbana realiza una radiografía de la ciudad, contrapone la imagen de lo que es y lo que se espera o se intenta mostrar en vano de ella, en palabras del estudioso Mario Armando Valencia: “La novela urbana contemporánea y crítica no se limita a hacer apuntes sobre la ciudad, sino que utiliza todos sus elementos como caja de resonancia a través de la cual la ciudad se expresa” (Valencia M. A., 2010). Continuando con esta secuencia de ideas, la labor del escritor es ardua, debe encontrar las palabras exactas, profundas pero con un tono opuesto al lenguaje elevado; impulsar la imaginación del lector, generar puentes comunicacionales que proyecten la ciudad en horas de tránsito nocturno, que se dispongan a recibir “un baño de multitudes”, gozar de la *muchedumbre*, desvestir a los marginales, quitarles cuanta etiqueta llevan, mirarlos a los ojos y captar el dolor de su pasado y presente, hurgar en la pila de ropas, hallar su piel e ir más allá, trasgredir ese límite sagrado, captar sus pasiones...Deleitarse de todo lo que se presencie, ya que eso, eso en palabras de Baudelaire *es un arte*.

El rol del escritor se tiñe de elementos periodísticos, un buen término es el de ser *gatos*, como indica Giovanna Rivero Santa Cruz en su ensayo: “la estética urbana que pinta la narrativa (...) es la del hombre-ciudad, la mujer-ciudad, por tanto, la geografía es inferida a través de sus vidas. Narramos vidas, cotidianidades, mediocridades, excesos. Eso es la ciudad: una ciudad exagerada.



Una ciudad *collage*” (Rivero, 2004). Los gatos son los escritores, ingresan con sus cuerpos o sentidos literarios a diversos lugares, identifican lo que dichos habitantes consumen, bailan, beben, sienten. Alientan luego a que sus personajes de papel y letras, encarnen e ingresen a bares malolientes con nombres extraños, tal como lo hace *Pink Tomate*; que observe o sea un travesti y disfrute de dicha labor como Edwin Rodríguez Buelvas y consuma yerba o polvo; que sea mulata o rubia de clase alta que baila salsa como *María del Carmen*, envolviendo en sus cabellos de nicotina a todo el que se atravesase en sus noches. No importa si la ciudad de la que se habla, es Cali, Bogotá, Medellín o Cartagena; Sevilla o Caicedonia, o cualquier pueblito del Quindío, (en el caso de “La Sexta después de las Ocho”), la narrativa actual aborda la ciudad como un espacio visceral, humano, que puede abarcar a Colombia entera.

Con las obras citadas e incluyendo “La Sexta después de las Ocho”, novela que incluye temáticas que han sido tabú en tiempos remotos como el homosexualismo, sodomía, adulterio, consumo de sustancias psicoactivas y el aborto; elementos tales logran enriquecer la literatura actual. “La Sexta después de las Ocho” incluye también un paisaje nuevo, el Quindío, al igual que ciudades y municipios del Valle como Cali, Sevilla y Caicedonia ganan protagonismo. La ciudad que se incluye es una *Ciudad Collage*, donde la *mujer-ciudad*, se evidencia y gana especial protagonismo; *La Mona*, no sólo es la narradora, es ella la ciudad, es el espacio encriptado, complejo, el lugar y personalidad que muta con la transición honoraria; los laberintos y espacios abiertos, pueden encontrarse sólo con el trasegar, el reconocimiento tanto del cuerpo como del espacio habitado; a eso nos impulsa la historia misma. Elementos como la polifonía, y la amalgama de historias (que al inicio se muestran particulares y distantes), son engranajes claves para decodificar el gran código que es *La Mona*.

## **I.I Elementos históricos que alimentan el estudio frente a la Narrativa Urbana**

Es necesario recalcar que antes del arribo del conquistador Cristóbal Colón a las Bahamas el 12 de Octubre de 1492, ya existían civilizaciones, con las cosmogonías y mitologías que respondían a cuestionamientos ontológicos propios, con construcciones que respondían a sus necesidades y visiones del mundo. Las civilizaciones tenían sus leyes, estructuras jerárquicas, medios de transporte, arquitecturas, entre otras; las mismas que fueron sepultadas y sobre las que se instauró el diseño de las ciudades que vemos hoy. Lo mencionado se reconoce de manera abierta, incluso podemos observar la estructura de las plazas donde se ubican la catedral, los edificios de dirigentes, las casas de los fundadores y en el mundo moderno se logra instaurar, los bancos. “El modelo Urbanístico y arquitectónico responde, por supuesto, al fundacional, con él, reiteramos llegan las ideas, los comportamientos sociales y morales, los principios éticos” (Giraldo, 2004), en definitiva el nuevo mundo aplasta al antiguo; sin embargo, el nuevo y el viejo continente no apreciarían a sus nuevos habitantes como propios, estos, que en definitiva somos nosotros; nacimos en un lugar que tiene varios dueños, pero ninguno de ellos nos reconoce al ser una amalgama racial y cultural. “Los estudios de Alan Gilbert y José Luis Romero muestran que en la forma de conquistar y colonizar de los peninsulares se testimonia la superposición de culturas y de trazos sobre las civilizaciones prehispánicas” (Giraldo, 2004). Luego de las conquistas se vieron en la necesidad de construir nuevas ciudades, incluso medios urbanos, Alan Gilbert indica que “Al igual que los portugueses en el Brasil colonial, los españoles diseñaron un complicado sistema administrativo basado en una red bien conectada de pueblos y ciudades”; dichos procesos cambiaron de manera notable los modos de vida de los habitantes, tanto de los conquistadores, como de los colonizadores, al igual que las construcciones (materiales y arquitecturas) y a su vez la visión que nace frente a las mismas, por parte de sus habitantes.

Durante mucho tiempo la ciudad se ha reconocido como el lugar donde todos los caminos se cruzan. Sin embargo, en los últimos años, tanto la literatura como las diversas ciencias sociales y humanas se han preocupado por estudiar, analizar y comprender su historia, tradición, renovación, desarrollo y evolución, los modos de vida y de comportamiento que propicia, las relaciones establecidas por sus habitantes o sus transeúntes y sus expresiones artísticas y culturales. (Giraldo, 2004)

### ***I.II Civilización americana con visión y postura europeas***

Décadas posteriores, los latinoamericanos sepultan sus raíces mestizas y centran su mirada en Europa (imitando un poco lo observado desde el origen en la conquista), la sienten propia, les cuesta aceptar que no son más que hijos bastardos; muchos son los autores que no sólo se inspiran en la cultura y formas de vida en occidente, sino que anhelan vivirla, por eso quienes tienen el dinero, viajan; los otros, imitan dichos elementos en creaciones propias. Romero afirma que *la red de ciudades* debía crear una “América hispánica, europea, católica” generando en gran medida “un imperio colonial en el sentido estricto del vocablo, esto es, un mundo dependiente y sin expresión propia, periferia del mundo metropolitano al que debía reflejar y seguir en todas sus acciones y reacciones” (Giraldo, 2004), algo así como “una nueva Europa”. Aquí inicia una vergüenza por lo propio, que no sólo trataría de reflejar los modelos españoles, sino también: ingleses, franceses, italianos, alemanes y posteriormente, norteamericanos.

En determinado momento los escritores latinoamericanos se ven en la necesidad de recrear sus propios espacios, ciudades ya no europeas –tal es el caso de la novela “Rayuela” de Cortázar que en cierta medida es reprochada por ser creación de un latinoamericano que no abarca su país o continente, (Ayala, 2004)–; varios son los que optan por incluir en sus creaciones la patria madre, dando cuenta de sus contextos desde aspectos generales y particulares, esta literatura da cuenta, como ratifica Giraldo “La diversidad de ciudades imaginarias y escritas en la narrativa colombiana de la segunda mitad del siglo XX” constatando lo urbano como respuesta a “una sensibilidad, una actitud, unos modos o modelos de expresión y comportamiento, desprendidos de la historia” (Giraldo, 2004).

### I.III Boom Latinoamericano

Este fenómeno literario y editorial se remonta a la década entre 1960 y 1970, momento en el que varios pioneros abordan contextos de ciertos países latinoamericanos; años en los que como afirma Giraldo “se logró constatar que nuestra narrativa ha sido de rupturas y simultaneidades, continuidades y alejamientos”. Escritores como Gabriel García Márquez en Colombia, Mario Vargas Llosa en Perú, Julio Cortázar en Argentina y Carlos Fuentes en México; fueron impulsados por la realidad que aquejaba a su país y fue la literatura, el medio, una herramienta catártica y a la vez una especie de puente expansivo que sentó precedentes. Dichos textos, según la propuesta de Giraldo en su obra *Ciudades escritas*, “cuentan realidades y hechos reconocidos por la historia en una especie de visita o revista al pasado o al espacio geográfico, un regreso a tiempos o escenarios reconocidos en los archivos y la historiografía” (Giraldo, 2004).

Algunos autores como Helena Araujo sostienen que el *Boom* sí estimuló en gran parte la narrativa urbana, donde la "visión un tanto onírica de la realidad, con su simbología popular y su tradición oral, va cediendo lugar a una novelística más allegada a lo cotidiano, en la cual se pretende sobre todo interpretar los fenómenos de la vida urbana" (Ruiz, 2016). La literatura se presenta entonces como caleidoscopio en Latinoamérica, lo urbano es más que un tópico, por medio de propuestas novedosas de narración, se visibilizan la cotidianidad, la condición humana, las formas de relacionarse y se manifiestan problemáticas alrededor de lo social e histórico; en la primera, se hace evidente que lo social no sólo compete a los conflictos entre clases, sino a la complejidad alrededor de la misma y lo emocional; lo histórico concierne por otro lado, a la necesidad de reflexión, al reconocimiento de los sucesos ocurridos y a la determinación de una postura clara ante el presente. Alrededor de esto se fortaleció, según Giraldo, una *dinámica experimental*, rumbo a la creación o conformación del tema que nos cita; por medio del deleite de la palabra, exaltando “lo nacional, lo urbano y lo contemporáneo, algunos autores orientaron sus preocupaciones y sus temas hacia un discurso de sensibilidad crítica y de formalización lúdica, dando lugar a una narrativa de ruptura” (Ruiz, 2016).

## II. La Narrativa Urbana como género literario

En la Narrativa Urbana, la ciudad se presenta como un elemento determinante en relación al sujeto que la transita, la ciudad ya no es algo externo o físico, que se resume en escenario; representa en cierta manera el interior de sus personajes, al igual que el clima o ciertos fenómenos naturales, exaltan las emociones o sentimientos de estos, la ciudad también logra agruparse y dar otro dispositivo comunicacional, uno que no sólo incluye lo ya nombrado, sino que además da cuenta de unidades temporales, las mismas que han impulsado o frustrado luchas, procesos y/o avances, que en suma explican las situaciones actuales, tanto de la ciudad como de sus transeúntes. Armando Silva en *Imaginarios Urbanos*, incluye una concepción bastante mística pero en suma complementa lo expuesto en cuanto a la apropiación del espacio; cita un estudio incluido en *Historia de las ciudades* (1982), del historiador Fustel de Coulanges, donde expone un componente trascendental en relación a la identidad y apropiación del territorio desde una concepción religiosa; en la que básicamente se le prohibía a los sujetos abandonar el lugar donde se encontraba su hogar, y donde se habían sepultado sus muertos, los mismos a los que estaban unidos “por sus manes – seres divinizados-” y si se veían en la obligación de marcharse, debían llevar consigo “bajo el símbolo de un terrón de tierra, el suelo sagrado en que habían sido enterrados sus mayores y a los que estaban unidos” (Silva, 2006), sólo así lograban comunicar sus raíces y demostrar que ellos pertenecían a esas tierras, a la vez que esas tierras les pertenecían; pero no desde el sentido de posesión como lo entendemos actualmente, dicha acción tenía un carácter espiritual; tal rito lograba transmitir: “esta sigue siendo la tierra de mis padres, *terra patrum*, patria aquí está mi patria, porque aquí están los manes de mi familia” (Silva, 2006). El tiempo narrativo se muestra como un factor clave al indicar la apropiación de la ciudad; hablar de un tiempo preciso indica conocimiento desde la misma, y de pasado o futuro, e impulsándola desde su presente inmediato, el autor demuestra el rol que desempeña dicha ciudad. Ciudades hay muchas, tanto en un plano geográfico como en literatura, la gran diferencia surge en la imagen de ciudad que proyecta cada uno.

### III. “La sexta después de las ocho” en relación a la narrativa urbana

Con la información previamente expuesta, se hace posible hacer un análisis en un sentido directo a la obra que nos cita "La Sexta Después de las Ocho", en relación a la narrativa urbana. Si bien el tema es la ciudad, no sólo por el título (tomado del capítulo central), sino a las temáticas abordadas tales como: las nuevas tecnologías, los viajes recurrentes campo-ciudad, la noche, las prácticas sexuales (lésbicas y sodomitas), consumo de sustancias psicoactivas, travestismo y prostitución, incluyendo otro tema bastante controversial: el aborto.

En “La Sexta después de las Ocho” la protagonista, que narra en gran medida la historia, muta dependiendo del lugar al que viaja; la relación en este caso, (i) mujer-ciudad es una especie de comunión, es un camuflaje, en donde ella se presenta como una especie de camaleón; esta mujer afirma que el (ii) viaje es una especie de droga vital, es lo que la revitaliza, pero a su vez le da la oportunidad de conocerse, de entrar en los lugares más recónditos de su existencia, (en suma apunta a la condición humana). (iii) La ciudad se evidencia como algo vívido, trascendental, algo más que un simple *espacio construido y poblado* (como lo exalta Giraldo), en su profundidad es un “cuerpo complejo que va más allá de los límites geográficos y de la población demográfica” (Giraldo, 2004).

Para Richard Sennett, es ‘carne y piedra’, arteria o vena, cuerpo que se adapta o se desprende de sus espacios y genera actitudes y comportamientos que definen al hombre en la historia. José Luis Romero, reconoce vínculos profundos entre las ciudades, las ideas, las sociedades y las canciones. Dionisio Cañas, entre otras, ve la significación de la ciudad en la obra de los autores, bien desde el paisaje urbano y la multitud humana que circula por sus calles, bien desde la identidad de ciudades reales y ciudades irreales generadoras de imaginarios y discursos. (Giraldo, 2001)

Temas tan comunes pero señalados a causa de la (iv) ilegalidad, como son el consumo de (a) sustancias psicoactivas (marihuana, cocaína, perico), (b) el aborto, y que aún resultan tabú como: (c) las relaciones homosexuales y (d) el adulterio. Esta es la ciudad e historia que encarna “la Mona”, una mujer sin límites, donde la geografía amplía su vida y muerte, porque también muere en cada paso, (v) la muerte se presenta en formas diversas, una muerte simbólica es el agotamiento

de los días, los mismos que se llevan poco a poco la lozanía, esa que en buena parte nos impulsa a ser lo que nos grita el alma, a llenar o calmar una sensación extraña ubicada en el pecho, que nos hace pensarnos capaces de lograrlo todo; aparece una nueva vertiente en relación a la muerte y es la que llega con “El Innombrable”, él se presenta como emisario, muere la niña y nace la mujer.

Armando Silva demuestra que “la ciudad es también un escenario del lenguaje, de evocaciones y sueños, de imágenes, de variadas escrituras (...) de un mundo que lenta y colectivamente se va construyendo y volviendo a construir, incesantemente.” (Silva, 2006). La ciudad que se presenta en “La Sexta después de las Ocho” es un (vi) escenario hecho de lenguaje, de sombras que invitan a amar en las calles de la Avenida Sexta, donde surgen algunos personajes que recalcan normas y acuerdos éticos, tal es el caso de la esposa del veterano de guerra, exhibe un rol puritano (instaurado moralmente), es ella la que asume el papel de juez, la que recalca el sexto mandamiento: “No cometerás adulterio”; prohibición que impulsa (de manera paradójica), tal como lo propone el Antropólogo Georges Bataille en “El erotismo”: a la trasgresión, pues finalmente es lo que genera el placer en quienes lo alcanzan, en este caso, nuestros protagonistas. “La Sexta después de las Ocho” Es la que abre el telón y expone las vicisitudes de la protagonista y de los personajes que compartieron con ella, a quienes afectó y la afectaron. “La Sexta después de las Ocho” muestra que la protagonista intenta liberarse de algo que al parecer está fuera, pero que aún le pertenece y son una consecución de anécdotas, el compendio de su vida; ella recorre la ciudad con la intención de reconocerla, pero también, observa en dicho acto un impulso de autorreconocimiento; incluso esparce sus vivencias, trata de sacarlas, dejarlas por fuera; así como aparentemente está la ciudad, pero que en definitiva resulta imposible pues las dos son una, la ciudad está dentro de sus habitantes, aunque yendo a un sentido material se asegure que ellos son los que la transitan.

(...) la estrecha relación entre el espacio habitado, convertido en morada, usado, trasegado, y el yo de la ciudad, es decir, de su gente. Ese yo opera sobre el espacio, haciendo una construcción social de lo real, construcción que está lejos de obedecer a ideales urbanísticos, estéticos o éticos, que establecen un auténtico conflicto entre lo que la ciudad es y lo que debería ser en la idealización del urbanista o del gobernante. La urbe, ese espacio físico, es antropomorfizado (incluso en sus aspectos más grotescos, hasta la monstruosidad, como sucede en el caso de *Scorpio City*, de Mario Mendoza). Por ese yo colectivo, que termina imponiéndose, la urbe se hace espejo de sus gentes. Esto demuestra las dificultades que se presentan en los procesos de

constitución del sujeto urbano en lo que respecta a la proyección de ideales, de convivencia y socialización, ante la tensión, de procedencia moderna, entre individuo y sociedad. (Valencia, 2009)

La violencia (vii) se presenta en esta novela de diversas formas, aunque nos centraremos en dos: el aborto como algo antinatural (la protagonista en cierta medida violenta su cuerpo), y la otra forma de violencia es la que se ha instaurado socialmente y parece ser naturalizada, (viii) la violencia armada, donde el narcotráfico surgió y parece no terminar y el armarse como respuesta de defensa en relación al M-19; la narradora cuenta la situación familiar del “Innombrable”, donde la madre, una mujer de escasos recursos económicos, pasa de ser la hija de la empleada de un granero, a ser la pareja del hijo de los jefes (dueños del granero), luego la madre de su progenitor, en un momento decide dejarlo todo; transcurrido el tiempo la encuentra con otros hijos y acompañada de uno de los tantos “*labaperros*, de algún narcotraficante del Valle”.

En Colombia, esas luchas por el poder derivadas de la transformación de la ciudad unitaria detallada en la ciudad inestable fragmentada, en la novela urbana colombiana se traducirán en el cambio de unas luchas por el poder entre liberales y conservadores —de las que da cuenta la obra de Vallejo—, o entre políticos tradicionales y guerrilla utópica —a las que se refiere Antonio Caballero—, a unas luchas por el poder inscritas en el complejo marco del narcotráfico, la explosión demográfica, la migración campo-ciudad, el desplazamiento, etcétera, presentes en escritores como Jorge Franco, Mario Mendoza, Alonso Sánchez Baute y Efraím Medina Reyes, entre otros. (Valencia, 2009)



#### IV. “*La Sexta después de las Ocho*”, en contraste de los Principios Estéticos de la Novela Urbana Crítica Contemporánea.

Se hace necesario hablar de la presentación del (1) tiempo y (2) espacio en la novela “*La Sexta después de las Ocho*”; la narración discurre con la descripción de hechos interrelacionados, una idea lleva a un sueño o pesadilla, a los ideales trazados, que a su vez lleva a anécdotas. El tiempo se hace relativo, al ser en cierta medida una herramienta flexible, que permite o cede la temporalidad a la voluntad o necesidad que determine la narradora; este se hace *imperceptible*, indescifrable, o como afirma Silva: manobra una “mutación estructural en términos de umbrales, intersticios y fractalidades” en oposición a lo que podría especularse, “la realidad social y cultural, el mundo de lo concreto —como lo dirá Ignacio Escobar—, en lugar de desaparecer, se potencia.” (Silva, 2006). El reloj en la literatura del siglo XIX, medía y enunciaba su tiempo, contrario a lo que se presentó en el siglo posterior y más en la actualidad, donde el tiempo se observa en un sentido de precisión, exactitud, celeridad; la escritura, al menos en la *narrativa urbana*, ha tomado dichas características, ya no se intenta decir con muchas palabras algo, que en suma puede ser poco; esta narrativa, la urbana, apela al hecho mismo, la brevedad prima (sin caer en el error de omitir la profundidad).

El (2.1) territorio (espacio) recorrido, da cuenta del *universo social* al que apela la narradora, es la *ciudad moderna*, en donde “el prostíbulo y el café son *escenificaciones fractales*” (Silva, 2006), son reproducciones casi microscópicas, de lo trivial pero en suma así como el jardín (o el parque), son o se convierten en lugares para socializar y encontrarse, intentado construir un “mundo con relativa claridad, mediados por la presencia física y cultural del *otro*; donde la alteridad todavía [existe] y se [manifiesta] figurativamente.” (Valencia, 2009)

Tales referentes urbanos van desapareciendo poco a poco de las novelas urbanas colombianas, para ser reemplazados por lugares virtuales de encuentro sexual, por las grandes discotecas (...), los grandes moteles, los grandes conjuntos cerrados y, en general, por espacios abstractos en los que se resuelve la vida concreta, planos y dimensiones en los que se ha perdido el concepto de ciudad como totalidad, para dar paso a múltiples ciudades dentro de la ciudad, y a un universo radicalmente individualizado, lo que se traduce en historias unipersonales (...) [esto se puede observar en] *Al diablo la maldita primavera*, de Sánchez Baute. (Valencia, 2009, p. 7)

Si imponemos lo dicho por Valencia en contraposición al libro de Baute, notaremos que *grosso modo*, describe con brochazos muy amplios la novela, pero no por eso se le escapa la profundidad ni hechos importantes. Edwin Rodríguez Buelvas, es un hombre que encuentra placer, transformándose en la noche, un ser que hace las veces de camaleón social; es decir, cuenta con la capacidad de llegar en horarios precisos a lugares determinados, para sumarse al panorama, dicha capacidad logra comunicar lo que se muestra en su perímetro, un mundo ajeno, rechazado e ignorado, algo así como *Alicia en el País de las Maravillas*, cuyos habitantes y protagonista, son los únicos que perciben semejante lugar y sucesos, al ser parte de todo cuando se recrea. Es ahí cuando la ciudad como espacio total, se desvanece, tal como lo indica Valencia, son muchos lugares en un mismo tiempo y espacio; Buelvas, ingresa a un supermercado y al poco tiempo está en un bar de *streppers*, en una fiesta privada a orillas de la ciudad, en el centro, en las inmensas mansiones de colegas adinerados, en casas campestres, o en Clubes; los actos que se presentan son de todo tipo, depende, claro está, de los gustos del gestor de la fiesta y los asistentes, quienes logran ser más artísticos y/o sádicos que otros. Para resumir, la idea que impulsa Valencia en relación a la ciudad como: “un universo radicalmente individualizado, lo que se traduce en historias unipersonales”, es cierto, no vemos más allá de lo que cuenta o caya el protagonista, es la misma ciudad, con gavetas honorarias y sectores más abiertos al goce sexual que otras, son territorios colonizados, que reconocemos o apreciamos de manera unilateral.

El espacio en “La Sexta después de las Ocho” genera una interconexión entre *memoria y lugar* (elemento que nuestro autor sugiere), los mismos que posibilitan *sembrar* lo que Valencia denomina *signos temporales por rastrear*, impulsando así la idea de que la memoria deja de ser un dispositivo abstracto y pasa a ser algo más trascendental, o como lo indica Valencia: “ocupa un espacio físico”, ya que ese espacio en el que se ha vivido, es en suma, todos los espacios. Esto en relación a la novela que estamos analizando, puede rastrearse cuando “La Mona” decide hacer un recuento del Quindío, ese lugar transitado lo podemos apreciar como el espacio donde *floreció* o maduró un sentimiento; Cali o “Ciudad de la Salsa”, como ese lugar de fuego, de vida o muerte, del calor, de la música, de las sensaciones extremas; pero además, es el lugar que se aprecia al nombrarlo, la narradora nos ubica en ese lugar que hace parte de su memoria, que puede no existir, al ser una reproducción unilateral, con hechos remotos, pero que gracias a la literatura, podemos

observar en el tiempo que se narra y lo presenciamos, como algo físico. Las historias fueron compartidas, *sembraron* en cada paso (además de huellas), recuerdos, los mismos que ella ha decido revivir, alentar, quizás, purificar para así olvidar.

“(…) asistimos a las novelas basadas en las artes del recuerdo, y a la constitución misma de la idea de patrimonio, cuando lo recordado adquiere un valor histórico que contribuye a la comprensión de las identidades individuales y grupales, como acontece con el Río del tiempo, de Fernando Vallejo; con El Patio de los vientos perdidos, de Roberto Burgos Cantor; y con la obra plástica de Luis Fernando Peláez, por ejemplo. (...) Ese trasegar del ser social por las ciudades termina configurando textos de interpretación que, convertidos en analogías urbanas (lo que Carlos Niño Murcia denomina ciudades análogas), terminan intensamente potenciados en sus significados y sentidos gracias a la literatura. (Valencia M. A., 2010)

Continuando con el (1.2) *planteamiento temporal*, se hace necesario indicar que dicho elemento está ligado a la idea de la *sucesividad hecha vértigo* en la ciudad moderna, el tiempo presente se concibe efímero y no existe posibilidad alguna de tomarlo, mucho menos retenerlo, o se potencializa (indica Valencia) en un instante “ulterior de reposo”. Por tanto la estética actual, defiende una técnica creativa, invita a concebir las emociones desde un panorama alejado del instante. “Esa búsqueda del estado ‘en frío’ es también una búsqueda de la estabilización temporal del momento, que sólo puede darse en el recuerdo” (Valencia, 2010). El recuerdo que cita a la memoria, asociada a un *tesoro*, al exponer los *signos individuales* y los *colectivos* como mecanismos patrimoniales “y que terminan por situar el espacio urbano en un marco significativo de tiempo, a través del cual se han labrado las identidades social, psicológica y poética de la ciudad” (Valencia, 2010).



*La Sexta después de las Ocho*  
ELIANA MORALES CASTILLO.  
Licenciatura en Literatura

“Desde el fondo de ti, y arrodillado,  
un niño triste como yo, nos mira.

Por esa vida que arderá en sus venas  
tendrían que amarrarse nuestras vidas.

Por esas manos, hijas de tus manos,  
tendrían que matar las manos mías.

Por sus ojos abiertos en la tierra  
veré en los tuyos lágrimas un día.

Yo no lo quiero, Amada.

Para que nada nos amarre  
que no nos una nada.

(...)”

**Pablo Neruda**

*Firawell*

## I

Ocultaba el sol en cada paso, haciendo curvas en la acera y huyendo de las líneas, finalmente llegó. Se aproximaba con la misma sensación de vértigo, el ácido estomacal, la mirada perdida, los pasos intermitentes; todo la resumía. No quería llegar, la conocía, de seguro liberaría una pregunta tras otra, las mismas de fechas anteriores, incómodas y atrevidas; era su vida, ellos no tenían permiso de violentar la sacra unión. Los miraba con rencor y fastidio, se lamentaba por pertenecer a esa especie. Quería ser cualquier otra cosa, menos eso.

Ser tan humana la cuestionaba, la obligaba a explorar límites insospechados. El mismo cartel frente a sus ojos, delimitaba sus mañanas: *Hay dos cosas infinitas: el Universo y la estupidez humana. Y del Universo no estoy seguro.* Sólo Einstein tenía la destreza de unir tal gracia y profundidad. La Mona, agradecía por las bombas nucleares, epidemias, pandemias; las guerras bacteriológicas, las mismas que aseguraban eran prohibidas pero que aceptaban en nombre del avance de la ciencia y los favores de las industrias farmacéuticas. *Todos, no importa quién, cómo, ni cuándo, ¡que caigan!, que los cuerpos inunden los campos y ciudades, mares y desiertos.* Tanta estupidez diseminada no sólo representaba un riesgo para ella misma, sino también un peligro para el lugar habitado en el que se supone conviven otras especies, las mismas que se han visto controladas y exterminadas por razones y argumentos igualmente grotescos.

Caminar oxigena su mente, sabe que no es tan fuerte como para terminar con todo, aunque el pensarlos a ellos como creación propia, alienta en algo varios narcóticos. Su muerte no afectaría a tantos, pero al menos dejaría un espacio, un descanso, *la tierra tendría un espacio y un descanso;* se dice. *El mismo que llenarán otros miles con su estúpido instinto sexual.* Así que cambia de idea. Sabe que volverá, en cualquier momento, con mayor o menor fuerza, pero llegará. Se presentará igual o se encubrirá en un recuerdo o idea rosa. Es responsable de su existencia, sabe quién no desea ser y a cuántos hijos negará su vientre.

*Mona,* era la abreviación de Mónica, con el cabello oscuro, mirada serena y un viso de sonrisa, podía ser tan interesante como *La Gioconda.* Misterio era toda ella, pasó de ser viajera para convertirse en faro. Ojos negros aseguraban ser impenetrables, al menos así vivió y murió con cada rocío, hasta que... *Brotó de lo más profundo un paraíso aterrador, lamentable; se presentaron ellos y sin permiso se estacionaron a mis pies, con más fuerza y empeño susurraban a mi oído. Sin duda disfrutarían cada trozo, mi lengua y sesos, la parte más blanda y frustrada que he tenido.*



## II

*Siempre la veía sola, al menos en el día. La noche otorgaba en ella una magia tal que brillaba, era radiante, no sólo por su belleza física, sino por lo que brotaba de su boca. Era una mujer muy extraña, única, esa palabra la describe. Muchas deseamos ser como ella, tan segura, perspicaz, indomable, única. La Mona es leyenda, no murió, no necesitamos ver su cuerpo, ella vive, está en nuestros recuerdos, ella logró ser algo que nunca deseó, ser inmortal.*

Varios comentaron la situación de la mujer que robó mi atención, comentarios de todo tipo se presentaron, sin duda fueron muchas las vidas que tocó y las que la tocaron, Mónica o como todos la nombran: *La Mona*. Los más cercanos aseguran que en varias ocasiones confesó el miedo a perder la razón. *Siempre trató de controlar su locura. Dice uno. Pobre, desconocía lo que el futuro le guardaba. Siempre tuvo en cuenta los límites de la vida, pero Él y su pérdida, nunca los vio venir.*

Muchos rechazaron la idea de encontrarla a ella sólo en cuerpo, *su magia era completa, mirarla a los ojos y no encontrar su esencia no resulta tan agradable*. Murió para muchos, los más cercanos decidieron sepultar la idea de relacionarla con una esquizofrénica. Ella en cambio, eligió refugiarse en la memoria, se obliga a pensar que *El innombrable* ya no la acompaña.

Mientras nos aproximamos al Hospital mental, una sensación de adrenalina se dibuja en mi rostro, la boca segrega un líquido bastante tibio, que llega a mi estómago y lo recorre, de ahí libera mis manos y piernas. Preguntas de todo tipo se aglomeran en mi mente. Tengo plena certeza de que la mujer con la que me encontraré, trastocará no sólo mi vida.

Esperamos no sé cuánto tiempo, la vida pareció detenerse. Nunca imaginé que lugares tan silenciosos y pulcros, generaran impresiones de pánico y desasosiego. Las paredes tan blancas y la simetría de las interminables puertas me acorralaban. Veo los enfermeros y me lamento por ellos, son tan prisioneros y esquizoides como sus pacientes; saben que en cualquier momento dicha pasividad se reventará en sus ojos y tendrán que activarse, sacar sus jeringas y arsenal de pastillas. Del fondo de uno de los corredores, viene la enfermera que nos atendió con otra más y la mujer que se supone venimos buscando.

## III

Andrés fue quien alentó este viaje y la historia que pretendemos captar. Es más desquiciado que cualquier ser que haya conocido. Una tarde cualquiera se acercó a la mesa donde siempre disfrutaba de un café, de esos que saben mejor a solas. Dijo su nombre y prometió que si le permitía compartir mi tarde con él, no me arrepentiría. Media hora después, prometió acompañarme el tiempo que yo aceptara; *una semana, tal vez dos, unos meses quizás*. Dijo entrecerrando sus verdes ojos, con una tierna sonrisa. Han pasado un par de años y aún soportamos la presencia y absurdos del otro.

*¿Qué te parece si entrevistamos a un esquizoide real? Soltó semejante bomba mientras vestía mi cuerpo luego del baño. ¿A qué te refieres? No entendí de inmediato. Sí, tal cual lo oyes. Quiero hacer algo real, estoy harto de crear historias y presentarlas como ciertas. Ambos terminamos trabajando para una chica tonta que se graduó de Comunicación Social en una prestigiosa Universidad, y al igual que los semestres y el título, fueron soportados económicamente por un padre adinerado y alcahueta que cualquier mortal desearía; gracias al mismo, ingresó a una Empresa de Comunicaciones que de veracidad se quedaba corta, pero en ingresos exageraba. Ella nos subcontractaba, nosotros creábamos las crónicas y ella reclamaba los jugosos cheques.*

Andrés escuchó la historia mientras tomaba una cerveza en un bar cualquiera. La historia de *La Mona*, en palabras de Andrés, es como una de las mujeres descritas en las canciones que su mamá escucha: *Penélope* de Draco Rosa y la loca que espera en *El muelle de San Blás*, de Maná. *Esta es real, aún vive, el Hospital no queda tan lejos. Es una historia de amor, pero diferente, no te diré lo que encontraremos, sólo súmate en esta locura, quiero que la entrevistemos, será bien interesante. Dicen muchas cosas, pero lo que más me sorprende es que aseguran que ella lo ve, con sólo nombrarlo Él o lo que sea, llega y empiezan a hablar. Lo miro sin interés: Obvio, está loca, ¿qué más esperas?* Continúa motivado. Realmente no sé qué busca, pero cuando quiere algo, no descansa hasta conseguirlo. *¿Podremos cobrar más por esto?* Digo, pero sólo responde con un gesto de desagrado. *No, el dinero es lo de menos. La experiencia mujer, eso es lo que valdrá más que los cheques de Lina.* En definitiva no sé qué busca, qué pretende encontrar con esto. Lo seguí en semejante locura por no tener opción. Bueno, también porque necesito algo que me haga sentir útil, viva, algo fuera de la rutina, el desgaste se me nota, el espejo no miente.

## IV

Mientras las enfermeras se acercan, mi corazón late como el músculo de un caballo de carreras. La mujer trae la mirada perdida, busca en el cielo no sé qué, puede ser a su amante muerto, quizás alguna razón para soportar los narcóticos, o alentar sus huesos y carne despellejada a causa del tiempo, la rumba, la noche.

Una sonrisa tierna se dibuja en la comisura de su boca. *Dentro de un momento ella estará con ustedes.* Dijo la enfermera. Un gran signo de pregunta debió presentarse en mi rostro, porque se vio obligada a explicar. Nos dijo que los sedantes o lo que tuviera en su sistema, dentro de algunos momentos se regularía. Andrés estaba expectante. Me imagino que yo tenía una expresión de horror, no le quitaba los ojos de encima, a ninguno, me sentía como en una cámara escondida, en cualquier momento ella o cualquier otro paciente me atacaría y todos reirían.

*El innombrable.*

Examinaban sus ojos la piel que exhibía el reflejo en la ventana. Las yemas ocultaban en mano cada signo del pasado; las heridas, ahora cicatrices, brillaban como el sol en pleno vuelo. Sabe que ellos de nuevo la esperan, ¿qué desean?, La Mona se cuestiona una y otra vez; a ella la reconoce a diferencia del sujeto que siempre la acompaña. Le parece enferma la situación, pero desea al igual que siempre, llegar hasta el límite.

- Sin decir nada, ella inició, era como si se hubiese aprendido un monólogo, todo lo recitaba con puntos y comas. Al inicio miraba al suelo, luego al horizonte, agradecía que no me mirara a mí; no sé cuál sería mi reacción. Andrés muy ágil activó la grabadora e intentaba en vano indicarme con señas que tomara mi libreta y esfero para anotar sucesos relevantes. En mi mente, sólo una pregunta pasaba de un hemisferio a otro: ¿Cómo fue posible que me dejara convencer?

En el momento en que el hombre transitaba por el pueblo, lo veía a *Él* y a mí caminando por esos pueblitos del Quindío; Filandia se escapó de nuestro mapa. Recordaba la idea de vivir unos meses en cada uno de ellos, disfrutar del paisaje, hacer teatro y el amor en todos lados. Recreé también la idea de hacerlo sola, de internarme en uno de esos pueblitos asfixiantes, donde lo único bello es la naturaleza...

- Así inició ella, no sabía qué relataba. ¿Cuál hombre? ¿A quién se refería cuando decía *Él*? Creo que Andrés leyó mis gestos y me animó a continuar escuchando con grabadora en mano. La duda siguió en mi rostro por largos minutos.

... Imaginé alquilar una gran cabaña de madera, con árboles frutales y amplias ventanas, necesitaba quien cuidara de mí y de mi nueva cabaña, por lo tanto hablé con el señor que me atendió en el granero central del pueblo, le dije: *necesito un hombre joven que tenga conocimiento del campo, que esté soltero, sin hijos y que no viva con su madre; que no tenga problema alguno en internarse en la cabaña para labores de todo tipo, incluyendo las domésticas.* -(Esto lo dijo dirigiéndose a mí, con una confianza tal, que pareciera conocerme de toda la vida)-. -Tenía claro que de vez en cuando quería divertirme, necesitaba ser atendida y nada mejor que un joven para alimentar mis escritos; deseaba entregarme el cien por ciento a la escritura, así que las labores domésticas no podían limitar mi oficio...

Juan, ese era su nombre, cumplía con todas las características, parecía sacado de una revista, un hombre color cobre; de ojos y cabello claros, sonrisa pulida. Cocinaba bien, pero lo que mejor hacía era menear su trasero cuando podaba el jardín. Mientras él trabajaba me sentí inspirada y empecé a escribir, hacía mucho que no lo hacía, así que lo disfruté tanto como mi primera vez.

- La observo y en sus ojos hay un rayo de luz que sólo los niños o artistas más grandes dicen tener. Mi paranoia disminuye con la libertad y serenidad con la que ella habla, es tan tranquila. En sus relatos, la realidad cobra otro sentido, al igual que a ella, nos cuesta tener la certeza de qué sucedió en verdad y qué ha sido creado en los años de reclusión.

Mientras salimos del Hospital Andrés activa la grabadora: *La Mona, siempre tuvo delirios de escritora, desde niña participó en grupos de teatro, pintaba, dibujaba, intentó en vano pertenecer a un grupo musical (ni su voz, ni sus habilidades musicales fueron lo suficientemente buenas), la locura que ella decía tener y que los otros apreciaban, era totalmente creativa. Me pregunto cuál fue el suceso que la arrojó hasta ese lugar.* Esa era La Mona que varios conocieron, al menos desde la visión del barman.



## II

El anciano escuchaba al albino, le sorprendió darse cuenta que la niña que lo observaba con la vieja, no era una niña sino una mujercita, “la enana” como la llamaba el albino Bonifacio; mientras este le ofrecía los servicios de la mujercita compartiendo sus experiencias, Jeremías Andrade, el viejo, se perdía pensando cómo encontrar a su nieta desaparecida. Por mi mente tres historias transcurrían, ¡todas eran tan diferentes! En la primera estábamos tú y yo viajando; en la segunda, el viejo buscando a su nieta; y la tercera, que me distraía con mayor fuerza, era esa loca idea de tener un romance en el Quindío con un jovencito; sin embargo, dicha idea se empezó a perder con la lectura, los ratones secos también sepultaron a Juan y con él, esa posibilidad minúscula del

dichoso romance. Nuestra historia parecía tomar gran partido, atacaba de manera constante a la narrativa de Rosero, poco a poco Jeremías Andrade, el viejo, perdió el camino del libro al igual que a su nieta, sin palabra alguna y con flores en mano, brotó de él como un yacimiento de agua cristalina y empezó a buscar en mi cuarto cualquier pista de su nieta. Ahí terminé mi lectura. Muchos aseguran que el Arte debe sentirse, estoy de acuerdo, nos debe trastocar, impulsar búsquedas y posibilitar el encuentro en todas sus manifestaciones. Rocero lo consiguió, por eso, seguí leyendo, lo que se vivía en Colombia, se resumía en las páginas de aquella novela.

- Mientras narra lo primero que viene a su mente, fija su mirada a un espacio el cual parece llenar con la presencia de alguien. Al finalizar la sesión, Andrés me explica que es el hombre al que siempre hará referencia como *Él* o *El innombrable*. Andrés no quiere hablar mucho de la historia, quiere que yo la descubra. Lo sé, lo conozco, disfruto del regalo que me entrega, no pregunto nada más.

### III

Tal como las serpientes en sus ciclos, algo en mí mudaba, se perdía, algo que no resultaba ser necesario, ideas preconcebidas que en nada satisfacían las necesidades del momento, que ataba y asfixiaba la sensación de placer, de viaje, reconocimiento en otros y en suma, me otorgaban libertad... Todos los pueblitos del Quindío se parecen, recuerdo a todos como uno, trato de recordar sus nombres o al menos ubicarme en uno en particular pero fallo. Aparecen todos en un mismo tapiz, es como una gran colcha pero sin límites. No sé cuál es la razón de recrear consciente

o por medio de sueños aquella casa antigua en la que estuvimos. Llegamos a ese lugar tal como llegábamos a los otros, abordando en un impulso un bus cualquiera y nos dirigíamos al Quindío, quería mostrarme el parque, tal como lo hacía con los otros. Este tenía una construcción bien particular, parecía al anfiteatro griego, recorrí el lugar; cuando estaba en el extremo más alto recitó aquel poema que tanto me gustaba. *¿Por qué no te conocí hace 20 años?* Preguntó. *Porque en ese momento estaba resolviendo nacer.* -(Antes de continuar, su mirada se dirige al mismo lugar, donde parece estar *Él*)-. Contesté y reí, pero tú, tú no lo hiciste, creo que fue ahí cuando te diste cuenta de la gran distancia temporal. Pero sólo fue en ese lapso, porque nunca más le diste importancia. *Él* no le dio importancia... -(Lo dice ahora mirándonos)-

Querías llevarme a un hotel suntuoso, el más importante de aquel lugar. Imaginé en ese momento que ahí te quedabas con ella, o con las otras; por eso desee que tus planes se frustraran, siempre quise ser diferente, llevarte por lugares que nunca recorriste en su compañía, llegar a donde nunca les permitiste. Hoy creo haber logrado mi iniciativa de manera amplia. Tocaste una, dos y al tercer golpe: ¡Sorpresa! estaba totalmente lleno. Varias puertas fueron las que tocamos y un “no, por ahora no hay habitaciones” fue todo lo que recibimos, hasta que un viejo con mirada de niño nos indicó un posible lugar.

Llegamos con duda, habían pasado las once, creímos que ya dormían; además no era un hotel, era una casa (posiblemente de familia), cuya construcción nos enviaba a una época lejana. Al insistir en la puerta, una ventana de vidrios grabados fue corrida por una anciana alta y bien conservada. Le dijiste que alguien nos había hablado de aquella casa, ella dejó en claro que no era un hotel, le dijiste que lo sabíamos, pero que no teníamos opción, que el monto era lo de menos, necesitábamos un lugar para pasar la noche. Al entrar, viajamos en el tiempo en la primera pisada; la construcción de la casa por dentro y los objetos exhibidos, eran una exposición de la cultura paisa, sentimos estar en cualquier lugar menos en el Quindío. La mujer era Colombiana, pero tenía ademanes y un acento desconocido; en la mañana siguiente nos confesaría que desde muy joven se había casado con un veterano de la guerra -(La Mona, hace un gesto en señal de no recordar el nombre pero no le da importancia)-, uno de los tantos que participó en la Guerra de Vietnam. Recordé a Forrest Gump y a Bubba -(Ríe y prosigue)-. Su esposo se encontraba en ese momento

en Estados Unidos, debía solucionar algunos temas legales y financieros para así llevar a cabo los planes fraguados. Nos indica que se conocieron luego de su regreso a Estados Unidos como sobreviviente, ella viajó con su familia y como en una historia de hadas, se reconocieron a penas sus ojos se encontraron. El noviazgo fue rápido al igual que los trámites de bodas. Ella se radicó en Estados Unidos, vivieron gran parte de su vida en aquel lugar, pero ahora deseaban un lugar más tranquilo, así que más por mandato de él, que por decisión de ella, eligieron el Quindío, la tierra natal de su amada; él no tenía otro pasatiempo más que ser coleccionista, así que inventaba espacios en aquella casa para ubicar estatuas, sillas, mesas, cuadros... todo lo que encontrara en su camino y diera cuenta de la tierra que pisaba. No tuvieron hijos, debo decir que al ella confesarlo, la voz se apagó un poco, posiblemente ella deseaba un niño, una niña, quizás los dos o más; él también podría haberlos planeado, pero la vida no se los dio, eso fue todo lo que dijo. Mientras nos contaba de su vida, nos llevó a uno de los grandes patios, tenía un jardín muy bien cuidado, daba cuenta que el tiempo en el que pensaba en la ausencia de su marido, lo invertía de manera sorprendente; al llegar, un inmenso mural sirvió de ventana, nos envió fuera del Quindío. *Ese es el sol de los venados, así se le conoce en los llanos.* Dijiste. La mujer movía las manos y boca, gesticulaba y reía contigo, yo quedé inmersa en cada pincelada. Te sentiste tan a gusto en aquel lugar, que elegiste otra noche, más por la insistencia de aquella mujer que por voluntad propia.

Al dormir contigo, siempre me sentí protegida, cuidada; pensaba que el mundo era pequeño, seguro. En definitiva, llenabas los espacios abandonados por mi padre. La segunda noche en aquel lugar nunca lo olvidaré. La mujer eligió un cuarto diferente, uno en el que podíamos divisar la mañana Quindiana, contábamos con un gran ventanal que daba justo a la espalda de las montañas, ellas podían ver el origen del sol, nosotros no, sólo lo vimos cuando este las sobrevoló. El guacamayo de uno de los patios, nos cantaba, de seguro que sería un espectáculo verlo en compañía del sol. Al dormir, soñé que aquella mujer entraba a la habitación, quitando su máscara se aproximó violenta, ahora veía su tétrico rostro, colmillos y canas por todas partes, sus garras oscuras me desnudaron; intenté despertarte pero te había atado. Me recalcó que no eras mío, que debía regresar y dejarte. Al despertar recordé las preguntas certeras, tu argolla y mis dedos desnudos.

- De un momento a otro, su mente se eleva, su mirada se pierde y dice desconsolada:

No puedo negar que te recuerdo, por más que juego con mi mente a eliminar vivencias o engañar mis sentidos, tu imagen renace en cada paso, atardecer, caricia de otro. Ahora que me preparo para viajar y que dentro del itinerario se encuentra Filandia, debo ser fuerte. Empezaré en un sentido regresivo a eliminarte. Viviré con ese Juan que contrataré para que me cuide y asee la cabaña, me concentraré en eso, en otro, uno que cuente con la vitalidad que has perdido, uno que con sonrisa completa pueda darme la sensación de libertad.

*A la orilla del camino.*

Guardo en mis mejores recuerdos aquel día. Sentí tocar el cielo con la punta de los dedos; era tanta la libertad experimentada en aquel momento, que creí ciertas todas las ideas albergadas a la orilla del camino. Me levanté muy temprano, el sol no salía, así que me dediqué a esperarlo; es maravilloso cuando la mañana se divide y congela, la luna a un extremo espera paciente, desea ver a su hermano sol, el mismo que ha amado por siglos, ese a quien los dioses decidieron ubicar al otro lado del mundo para terminar con aquel romance, pero su objetivo no fue certero, ellos siguen con la promesa de comunión.

Armé una maleta, la ropa interior era primordial. Empaqué un par de cosas que creí necesitar, salí de casa. Al igual que días pasados, mi madre peleaba con ella misma y la idea de haberme gestado. Quise no despedirme, pero antes de cerrar la puerta, me bendijo, un *adiós* cayó de mi boca sin mucho ánimo. Me preguntó para dónde iba, le contesté que de viaje, antes de empezar su sermón, tiré con fuerza de la puerta y empecé a caminar. Imaginé nunca más regresar, no aguantaba la vida que llevaba, si tenía la solvencia económica para mantenerme, no tendría lío en vivir con *Él*. También pensaba en la posibilidad de un accidente, era la primera vez que viajaba sola, a un lugar tan lejos. En las encías aparecieron unas cosquillitas, en el labio superior tenía un tic; la gente me miraba de manera sospechosa. Era de baja estatura, pensarían que era tan solo una adolescente. En verdad eso era yo, una simple adolescente tratando de ser mujer, una mujer adulta, con carácter y decisión. *Él* preocupado, me llamaba cada diez o quince minutos. Las veces que había viajado a aquella ciudad, no había sido tan detallista como lo fui en ese momento. En la carretera, no recuerdo exactamente en dónde, observé un lugar que parecía salido de un cuento de hadas, era un jardín enorme, con muchas figuras y tamaños diversos, unas de cemento y otras de arcilla; las formas que imitaban, las flores y el verde del césped trasladaban a los viajeros a un lugar mágico o a un tiempo muy lejano. Antes de llegar, suena nuevamente el celular; las cruces y la enorme montaña brotan de la carretera, la luna custodiada por cien luceros, corona la noche. Antes de llegar a la terminal, estaba *Él* detrás de un teléfono público, me indicó desde lejos que abordara un taxi. Nos fuimos, me besó transcurridas varias cuerdas, cuando creyó que el peligro había cesado. Me preguntó por el viaje, la hora de salida, por mi madre; le contestaba cualquier cosa. Estaba hechizada por las luces del cerro, la ciudad, el clima, la gente. Me sentía lenta, al igual que en un sueño. Los pasos se perdían con la luz, no era consciente de la velocidad, el tiempo, la respiración; ni las papilas estimulaban un sabor, ni un aliento, menos un simple beso. Mi cuerpo hecho caparazón, no daba señal de vida...

*Él* fue siempre mi soplo de vida, fuimos historias, tardes, locuras. Ahora que lo pienso, no he podido encontrar la razón de la magia. Siempre que cae la tarde mi mente se desconecta del cuerpo, lo observo desde afuera y puedo ver todo cuanto existe; sin intervenir en dicho vuelo, mi cuerpo es autómatas, mil y una personalidad llega atropellada, sale del caos la más fuerte.



## II

Llegamos al hotel de siempre, el de San Antonio que tanto me gusta, caminamos por aquellas calles estrechas, esas que imitan ser de cualquier otra parte, siempre con el aire fino europeo. Mientras observo esos cafés exclusivos, tan pequeños pero suntuosos, me imagino que estoy en otra parte del mundo, quizás Francia, el lugar que tanto *Él* añoraba. En algunas ocasiones me toma de la mano, otras me roba un beso, pero lo hace cuando la calle está sola o cuando se siente seguro, cuando no hay quien pueda reconocerlo...

- Andrés me cuenta que la directora del Hospital le acaba de informar que la salud de la paciente, se ha visto alterada por nuestras visitas, si la situación empeora, la dichosa historia y lo que sea que está buscando Andrés, se frustrará. La noticia parece afectarle más de lo que debería, aún no encuentro qué hay detrás, pero deseo encontrar aquel sentido sin su ayuda. A decir verdad, no sólo hemos afectado a La Mona, ella también nos ha afectado, no sé si más a mí que a Andrés, pero es difícil separarme de todo lo que parece ser ella, sus historias, delirios y su situación. ¿Quiénes son sus familiares? ¿Saben que está aquí? ¿Representa acaso un peligro como para tenerla lejos? ¿Qué hizo o qué la afectó tanto para llegar a estas circunstancias?

## III

Con la lluvia llega tu mensaje, cada gota revienta en el asfalto una palabra muda; intenta ser eco pero el ritmo crea sinfonía. Es el lenguaje del enamorado, imperceptible para los mortales...

...Hoy me siento como hace mucho no. Hace un par de años experimentaba esa sensación de nostalgia, por lo que ya había transcurrido y por lo que aún no me atrevía a vivir. El viaje ha estado conmigo, salir y conocer inyecta adrenalina a mi monotonía. *Estoy cansado de viajar, deseo hacerlo pero de otra manera, viajar hacia adentro, en mí.* Solías decir. Ahora lo entiendo, creo que también lo he practicado. Me conozco mejor y ahora sé también cómo me complementabas. Tal como en la película: *Las horas* de Stephen Daldry, sentí en gran parte, que mi vida no me pertenecía, fueron otros quienes eligieron y me impulsaron a actuar, no era yo, en realidad no vivía, por tanto me sentía impulsada a decidir entre seguir muriendo (porque aquello no era vida) o hacer algo drástico para que se dieran cuenta que no todo era tan bien pensado y dirigido por ellos, que era yo una simple mortal, con tantos o más errores. Fuiste mi error, por eso te amé.

*Escribiré nuestros viajes, serás tú el protagonista tal como ahora.* No lo creíste, te lo dije varias veces, pero luego dudé muchas más. Era tan joven e inexperta, también tímida y limitada. No podía nombrarte en nada y escribirte menos. No podía exponerme ni exponerte; no a ti. ¡Pero gira tanto el mundo! Y ahora, has regresado, él te ha traído de vuelta. Lo que más me gustaba de nuestros viajes y retornos eran las montañas, parecían como un desfile de mujeres bronceándose en una playa, mujeres tímidas, de caderas y pechos prominentes que invitaban al amor...

- De un momento a otro, sus ojos anunciaron su llegada, La Mona estaba con nosotros, pero fui yo la que pareció interesarle, porque me cuestionó una y otra vez, dijo cosas que no entendí de manera inmediata; un par de semanas más, aclararían todo.

... Desconozco si te has sentido huérfana como lo estoy ahora. Me pregunto dónde estarán los míos, deseo saber si en mis luchas están ellos presentes, o al menos se enteran de mis esfuerzos. En espacios, simples y cortos, me siento que pertenezco, que existo y me oyen. Aunque en vano, encuentro un poco de lo que busco y al pisar segura, el puente se quiebra y de nuevo me abandonan. Soy una estatua hecha polvo, mi cuerpo se cuele entre mis dedos.

## IV

Una mañana cualquiera, al abrir mis ojos; no encontré en el panorama más que un cuerpo marchito. Fue ahí que entendí que el tiempo es cruel, que Cronos nos devora sin importar más que su apetito, él ha hecho de las suyas y las cremas se han quedado cortas...-(Se queda pensativa mirando su reflejo en la fuente de agua, es como si perdiera el hilo de la historia iniciada)-.

... Regresé al lugar de nuestro inicio. Eres un desconocido más, siempre espero no encontrarte, pero la realidad acecha, tal como lo decía Neruda: *es tan corto el amor y tan largo el olvido...* Muchos creen imaginar tal como fue lo nuestro, pero en verdad lo desconocen por completo, son simples mortales, no saben amar tanto como lo hicimos nosotros, amar con la yema de los dedos, con la mirada fija, con el olfato, con la llamada muda, con un trozo de poema...

Hoy más que nunca siento que me falta algo, el aliento no se marca en el cristal de la ventana: me he perdido de nuevo, quizás nunca me he encontrado en un sentido completo. Me siento rota, soy una muñeca fragmentada mucho antes de su caída; me siento en la tarde a unir los trozos rescatados, no hay solución o pegante tan firme que asegure la unión, ni el llanto suficiente para ser bálsamo.

...¿Recuerdas cuando pasando por mi adolescencia decidí fumar marihuana? Cuando me pareció gracioso fumar un poco envuelta en un poema de Benedetti, era más papel que poema, por eso me intoxicqué considerablemente. Ella también quiso participar de mi trabajo artesanal, no podía quedarse atrás, era más experimentada que yo, no se permitiría ser la segunda. Aunque pregonaba que era libre y no sentía celos, aquella noche me hicieron presa. ¡No era posible que la miraras tal como me mirabas a mí! No podías sentir lo mismo por ella que por mí. Eso pensé. Pero era así de simple, podías sentir por ella y por otras cuatro más, lo mismo que por mí.

Al llegar a *Ciudad de la Salsa*, me sentí comerme el mundo, sabía que lo nuestro era sólido, a pesar de que evadías la posibilidad de que yo la conociera, era esa y no otra la razón del viaje. *¿Hace cuánto que no te ves con ella?* Pregunté. *Hace mucho.* Respondiste evasivo. Sabía que mentías, te conocía, cuando esquivabas la mirada al hablar era señal de eso. Posiblemente habías hecho el amor con ella, todo el fin de semana. Quería conocerla, más por saber con qué armas contaba mi rival que por mostrarme sumisa.

## V

Adriana, -(dijo mirándome)- ella sí que era sumisa, era una pelada criada en un barrio marginal de *Ciudad de la Salsa*, a corta edad la vida impuso sobre sus hombros la responsabilidad de una madre enferma y un hermano de corta edad. Nunca supe la historia de su segunda Adriana, pero estoy segura que la situación se ella, fue lo que llamó su atención, porque a pesar de contar con una familia pudiente, o al menos así parecía en la zona del Quindío, *Él* sabía su origen. Sus padres se conocieron muy jóvenes, su padre alimentaba la idea de ser escritor, su madre era una adolescente que nunca había pisado un colegio. Era la hija de la empleada del granero, el granero era de los padres del poeta. Doña Juana al necesitar manos extra, de vez en cuando la llamaba. Siempre a su llegada, Carlos se escondía para admirarla, veía cómo las delicadas manos envolvían panelas, abrían bolsas blancas y negras; le gustaba perderse en sus ojos, los mismos que esquivos se negaban a escuchar comentarios sobre su belleza.

Una tarde, mientras Doña Juana estaba en el cuarto de almacenamiento, llega un hombre con paso firme y ojos fijos. Se percató de la soledad del lugar. Tomó varias cosas al azar y las extendió a la registradora, la joven Carmen sumó la cantidad de productos, le dio el total a cancelar y empezó a empacar; el hombre aprovechó cuando ella estiró su brazo para dar el cambio, la abrazó a la fuerza por encima de la mesa que los separaba, intentó besarla y apretó con fuerza sus nalgas. Carlos al ver esto salió sin pensar, tomó por la camisa al hombre que lo doblaba en estatura, no pudo hacer mucho, sólo desconcentrarlo y permitir que este le diera un golpe en la cara que pareció desfigurarle. El hombre se fue sin sus productos y sin el cambio. Carmen corrió a auxiliar a Carlos, ¿qué más puedo decir?, desde ese momento se enamoraron. Pero como todas las historias de amor, deben aparecer opositores y en esta, todos, tanto la familia de Carmen como la de Carlos estaban en desacuerdo, parecían los Montesco y los Capuleto, pero ahorrando las explicaciones, Carlos tenía planes de viaje, faltaban unas cuantas semanas para que iniciara sus estudios en el exterior y una niña de pueblo no podía redirigir su destino. De aquella relación prohibida nació *Él*, sus abuelos le quitaron todo. Una maleta era pequeña para guardar su vida y a su familia, así que dejó a sus padres y la idea de ser un profesional en el exterior, guardó algunas camisas, ropa interior, medias, un par de zapatos y tres pantalones. Su nueva vida lo esperaba.

Carmen en apuros de ser madre dio a luz mientras bañaba su cuerpo adolescente. El futuro poeta no tuvo otra opción más que embolar zapatos, repartir periódicos, hacer mandados y empacar mercados; mucho trabajo para un hombre niño. Así vivieron tres años, en una casita precaria de guadua, tejas de barro y piso de tabla. Cerca de aquella casa pasaba un arroyo. *Ese arroyo lo recuerdo cuando duermo, me aliviana, me siento protegido, genera en mí la sensación de estar con ella.* Me confesó un día mientras escuchábamos un arroyito en un restaurante del Quindío al que llegamos una de las muchas tardes que estuvimos juntos. En ese momento desconocía qué había pasado con esa joven relación, pues conocía a su padre, es más, ahora se encontraba casado, pero de su madre, ni una foto. Un día cualquiera me confesó que la madre cansada de aquella vida precaria y de vivir ilusiones lejanas, eligió llevarlo a la casa de sus abuelos paternos, en un bolso pequeño empacó lo poco que tenía y entregando en sus cortos brazos un oso raído, le dijo que se sentara en el aldabón, timbró, dio un beso, un abrazo y prometió amarle siempre. Ese sería el



recuerdo más valioso, el único que tendría de su madre, al menos por veinte años. Lo guardaba con recelo, dudó mucho tiempo, pero al fin pudo compartirme su tesoro.

*Quiero que la conozcas, un día cualquiera te llevaré, te agradará conocerla, sé que le caerás muy bien.* Sólo esa noche supe algo más de su madre. Vivía con un *lavaperros*, este trabajaba con un mafioso del Valle, nunca me dijo con cual de tantos. Su padre sólo lo engendró a *Él*, su madre tenía cuatro más. El sector donde vivían Carmen y su nueva familia, era bien precario y los índices de delincuencia eran rebosantes; era un barrio, pero de un momento a otro se convirtió en dos bandos, todos los días se veían a los ojos de sus enemigos, las cuadras estaban frente a frente. Al ingresar a una u otra se podía observar refuerzos metálicos en las paredes. *¿Para qué están esas vainas ahí?* Pregunté. *Para proteger sus vidas. En cualquier momento uno de los bandos inicia fuego y los otros tienen que responder, pero deben proteger a sus familias.* Parecía que aquellas realidades hubiesen huido de una película de horror. Debo confesar que la idea de conocerla, a ella y toda esa historia macabra desveló varias de mis noches en su compañía. Por fortuna nunca se presentó la oportunidad de conocer a la dichosa suegra.

## VI

Ya había hecho mis averiguaciones por aparte, como sabía su nombre ingresé al Facebook y la busqué. En sus amigas y romances aparecían varias mujeres con el mismo nombre, parecía que dentro de sus inclinaciones prefiriera las mujeres con el mismo nombre: Adriana. Ella era una pelada que practicaba patinaje, era de piel cobre y gruesas piernas, tenía el cabello corto y pecho plano. *Él* desconocía mis investigaciones, por eso cuando ella estaba en medio de tantas personas en la terminal, fui la primera en notarla. Al vernos la pobre cambió su color, no sabía cómo marcar su territorio, por nada y le lame la cara para demostrar que tenían algo. Yo lo sabía, pero ella desconocía que teníamos una relación de año y medio. Nos presentó, le costó estirar su mano y sostener la mía, me miraba de arriba abajo, sus ideas se enredaban en las ondas de mis cabellos. Ella había llegado en patineta, así que salió en la misma tabla, pero con un valor agregado, *Él* a su espalda agarrado de su cintura; yo, la boba o la añadida según lo destinaba la ocasión, cargaba la maleta de los dos (de *Él* y yo). Continuamos, ella lo tomó de la mano, me pareció gracioso, seguí tranquila, estaba tan segura de que *Él* me amaba, que nada podía estropear aquel bienestar. Eso pensé hasta que de tantas vueltas y lugares transitados llegamos a la *Sexta*, donde nos desviamos y llegamos a una de las muchas *ollas*, *Él* a comprar algo de perico o coca y marihuana; ella, parecía

santa, bueno, no tanto pues fue finalmente quien consiguió la mercancía. Seguimos y entramos a varios bares, como era martes, todo estaba muerto, en muy pocas mesas habían personas. Él parecía afortunado, llegó con dos mujeres jóvenes y diversas, una blanca curvilínea de crespos oscuros y una india de gruesas piernas. Los tres estábamos en eso, creíamos que todo estaba controlado, pero no. En ese fin de semana todo cambió.

Fui al baño, un hombre me seguía con la mirada, le contesté con un gesto de indiferencia. Observé al salir, un beso, uno apasionado; el beso no me dolió, al menos no tanto como su mirada, ¡Él la miraba a ella tal cual me miraba a mí!, así como cuando terminábamos de hacer el amor, al despertarme, al despedirnos; la miraba como me miraba a mí cuando me decía que me amaba, a mí y a las otras tantas con las que sabía que estaba y a las que desconocía. La imagen estática se quedó en mi mente, ingresé la mano derecha a mi cráneo, la tomé y tiré contra el pavimento como una bola de cristal navideña. Por cierto, además de mi viaje a *Ciudad de la Salsa*, *El innombrable* dañó también, mi navidad. Ese mismo año apareció en noche buena, ebrio y loco por el exceso de cocaína; bañó de licor a los invitados, se desmalló en la sala, no sin antes llevarse el mantel y la comida consigo. También peleó con mi tío cuando intentó sacarlo de la casa. Se sostuvo del árbol hasta que perdió totalmente el equilibrio, llevándose todo cuanto encontró en su camino, en una de las mesas que tiró al suelo, estaba una gran bola de cristal navideña. Todo, mi corazón, nuestra relación y mi navidad se quebraron junto a la casita de madera, con nieve, renos y papá Noel dentro. Así me sentía yo, mínima, con frío y rota; pero, Él pareció no percatarse, no sé si fue la euforia del momento, la droga, el licor, ella y yo, o todas las anteriores.

## VII

No tenía para dónde ir, en esta ciudad tan lejos de la mía, sin dinero, sin tiempo (era media noche). Llegamos al hotel en el que siempre nos quedábamos. Adriana nos impidió ingresar. *Una noche aquí es muy costosa, vale un ojo por persona.* La miré extrañada, ¿dónde pasaríamos la noche entonces? Nos llevó por la Sexta y entramos a una casa vieja de madera, antes de subir las escaleras vimos unas cobijas que colgaban, continuamos y al estar en la cima, nos dimos cuenta que eran varias personas durmiendo en el suelo. Me horroricé. *Él* lo notó, gracias a eso salimos sin despedirnos. Llegamos a otro motel que era un poco más decente, sin embargo *Él* en medio de sus delirios se sintió acorralado y empezó a recrear una escena de asesinatos diversos. Salimos. *¿A Dónde quieres ir?* Me preguntó por fin. *Al hotel.* Ella no me miró pero se disgustó. *Vamos para allá.* Concluyó. *Es muy caro.* Dijo ella. *¿Entonces dónde dormiremos?* La miré desafiante. Llegamos, al pagar *Él*, ella prefirió no mirar. Frente al espejo lavé mi cara, no había lágrima alguna, soy demasiado orgullosa como para llorar por un hombre, no de esa calaña y menos por un simple beso. Me sequé la cara, salí del baño y regresé con ellos; ahora ya no sólo se besaban,

aprovecharon que la terraza estaba sola y que yo estaba invisible. Él le acariciaba el pecho, ella abría las piernas y se aproximaba. *En verdad no se veían hace mucho tiempo*, pensé. Pero no era mi problema, así que hice ruido y se separaron de inmediato. Me senté en medio de los dos. Todos tomamos cerveza. Llevaba conmigo el libro de Benedetti, libro que *Él* me había obsequiado con el poema dedicado, el único bueno de esa edición; ese mismo que en dicho momento no servía para un carajo, pues el “*cuenta conmigo*”, parecía tomar ausencia. Le pedí la marihuana que tanto necesitaba en ese momento. Con cara de perro extraviado me la pasó, mientras ella fue al baño dijo: *no quiero que abuses de esta vaina, no quiero verte mal, no quiero perderte como...* no siguió. Sabía que se refería a Andrea, la misma chica que dejó su vida por él y las drogas. Convivieron unos años, al igual que todas las que pasaban por su cama, dejó sus sueños y corazón; *Él* sólo podía dar drogas y orgasmos. Cuando ella estaba mal y no podía llenarlo como al inicio, decidió dejarla. Lo miré con ganas de ahorcarlo. *No compré cueros*. Se presentó dominante. Tomé el preciado libro de Benedetti y al azar tomé una hoja, al rasgarla pensaba que también lo hacía con su corazón, si no era así, al menos sí con un brazo, o mejor aún, con su pene, ese con el que parecía gozar tanto y con tantas.

Armar un porro con papel no es tan fácil como uno se imagina, realmente la yerba se pierde, y lo que lo traba a uno es la cantidad de químicos contenidos en ese pedazo de hoja. Adriana me pidió un poco, me sentí liviana, *Él* quiso un *plon*; yo acabé el resto. Parecían estar cansados, o al menos poco interesados en estar ahí, jugamos un poco antes de ir a la habitación. Eran tres camas, dos grandes y una auxiliar. Ella decidió bañarse, el calor era insoportable. Al salir ingresé yo, me duché lo más rápido posible, no quería que iniciaran sin mí. Todo indicaba que esa noche en el sexo, tres seríamos los participantes.

Cuando era niña tuve varias experiencias, eso se remonta a mis precarios cuatro años, era una niña muy bella, tanto hombres como mujeres se sentían atraídos por mí. Varios fueron los que a esa edad tocaron mi cuerpo y quisieron herirme de muerte, por fortuna siempre alguien cambiaba los planes. Lissa, la mejor amiga de infancia tenía unos padres bastante activos, era mayor que yo y no sé en dónde con los 6 años que tenía sabía tanto de sexo. Fue en una tarde de vacaciones que ella me masturbó por vez primera, yo con cuatro años lo disfruté, eso fue en una casita de sábanas

afuera de mi casa. Las otras veces fueron dentro de la suya. Un día me pidió que la acompañara a la ducha, se desnudó, mientras se bañaba recorría su cuerpo, disfrutaba que la observara, sin un tinte de maldad en mi ser, me limitaba a hacer lo que pidiera. Fue ella quien me enseñó a besar. Las clases fueron irrumpidas por sus padres cuando su hermano mayor les habló de nuestro juego. En uno de sus juegos justificaba con mi vida sus actos, si no le permitía tocarme, yo moriría; así levantaba sus manos al cielo, tal como lo hace el sacerdote en la misa con ostia en mano. *Perdón dios, pero sabes que si no lo hago, morirá mi hermana.* Dentro de su fantasía me convertía en su hermana. Todo esto desfiló por mi mente cuando salí del baño. *Él* ingresó. La observé sentada en la cama, sólo llevaba la blusa rosa con la que nos encontramos, luego de ojear un rato un libro que *Él* le prestó, se levantó y dirigió a la ventana. En la cama había una línea vino tinto. Mi estómago se sacudió, quise vomitar en ese mismo instante, si el plan era un trío, al menos ya no contaban conmigo.

## VIII

Me acosté en una de las camas y esperé que el sueño me venciera. Morfeo no quiso venir en mi auxilio. Bastante alegre y esperanzado *El innombrable* salió del baño. Estaba acostada boca abajo, sólo contaba con una pequeña toalla, al menos alcanzaba a tapar mis glúteos. Se sentó a mi lado. *¿Qué le pasa a mi bebé?* Preferí no contestar. Pasó su mano por mi cabeza, espalda y conquistó mis nalgas, intentando quitarme la toalla, se le cayó la suya, reí como nunca. Ella nos observaba desde la ventana que estaba de par en par, se dejaba entrever un pedazo de noche estrellada, el cerro de las tres cruces y una parte de *San Antonio*. Nos miró, en sus ojos el brillo había cesado. *¿Será que había comprendido que estábamos él y yo?, que no había espacio para otra más;* pensé. Contrario a esto, ella se acercó sigilosa, se apoderó de la cama próxima, no sin antes invitarlo a *Él*. Sonriente la siguió. Unieron ambas camas, obligándome a hacer parte de los cuerpos de este nuevo lecho. Había viajado y ganado varios disgustos a consciencia. *No sé si en verdad la quieres conocer, tengo plena seguridad de que si te la presento, pueden pasar cosas... yo conozco a Adriana y sé que pueden pasar cosas... ¿Qué cosas?* Pregunté. *Cosas, cosas que tal vez no estés dispuesta a hacer, no creo estés preparada. Él* lo había advertido. Ahora no quedaba más que vivir, experimentar algo nuevo. Tomé aire y decidí hacer parte del juego.

Lamieron sus lenguas. Ella en poco tiempo había raptado la camisa que *Él* usaba ante mi disgusto. Iba por el pantalón cuando decidí participar. La escena se presentó estática, me senté a un lado de ellos, los observé y recordé a Andy; desde que regresó a *Pueblo Roto*, se obsesionó conmigo. En ese momento estaba con el amor de mi vida, así que la importancia que le di fue igual a cero; sin embargo este loco traía algo diferente, no sé si era la temperatura de *Ciudad de la Salsa*, la música o toda la magia del teatro que guardaba en su maleta; magia que empezó a sacar cuando decidió ser nuestro director. Fueron muchas y variadas las experiencias con Andy. *Quiero probar la marihuana*. Le dije una noche mientras tomábamos vino en el parque. *¿En serio? ¿No la has probado?* Inquirió sonriente, casi triunfador, sabía que le estaba abriendo una puerta, así que de inmediato empujó con él un cúmulo de posibilidades, las mismas que incineré un par de semanas después. *¡Tan marica!, si te digo que la quiero probar es porque no. ¿Qué, me vas a joder o quieres ser quien me instruya?* Pobre Andy, siempre jugué con su mente, disfrutaba que me deseara, le coqueteaba y cuando estaba a punto de besarme le daba la espalda.



## IX

*Te presento a Joaquín.* Dijo un día que llegué a su casa. *Hola Juaco ¿cómo estás?* Le extendí la mano, Andy desconocía que él y yo nos habíamos graduado del colegio y que en noveno, su cara conoció mi mano, y no por una caricia precisamente; en esa época era un poco más pudorosa y respetaba mi cuerpo cual templo sagrado de la India. El pobre estaba fuera del salón, yo esperaba el profe de química, decidido pasó y rosó mi nalga derecha, ese simple gesto me permitió transformarme y darle una cachetada que me obligó a ponerme hielo en la mano. El pobre lloró asustado, le dijo al resto de la clase que yo lo había golpeado sin razón aparente; eso bastó para que todos me miraran como la chica rara y mi círculo de amigos siguiera su inercia hasta la extinción. Miento, éramos cuatro o cinco los raros, así que eso nos fortaleció como clan.

*Bien, Mona.* Lo dijo tocando su mejilla, a pesar de los años transcurridos la memoria pareció revivir aquel momento. Sonreímos al tiempo. Andy enseñó su arsenal y la variedad de marihuana con la que contaba. Me limité a observar y no parecer tan ignorante como en verdad lo era. Como Andy trabajó un par de meses en el Museo del Oro en *Ciudad de la Salsa*, su perfil de guía no lo abandonaba. En un orden que sólo parecía entenderlo él, me enseñó los artefactos para trillarla, las variedades y efectos de las especies con las que contaba, incluso apoyo psicológico y social diciendo: *esto no te va a enloquecer como piensan muchos, desde los chamanes hasta nuestros días se consume, permite abrirte a la naturaleza, amplía tu espíritu, te sientes en paz. Debes relajarte y aspirar. ¿Alguna vez has fumado cigarrillo?* Negué con un gesto. *Que falla, porque la carburación es igual, sin embargo no hay punto de comparación entre uno y otro. El cigarrillo degenera todo tu cuerpo, esta tarde leí que esa vaina tiene 1.000 sustancias que afecta desde tu cerebro, pasando por la visión, garganta, pulmones, corazón, hígado, estómago, riñones, llegando hasta los testículos y otras más. Pobres testículos.* Decía todo esto mientras yo lo observaba ansiosa. ¿Qué quería probar o experimentar? No sé, bueno al menos no con certeza, quería saber a qué me enfrentaba cuando negaba ante muchas propuestas de amigos y conocidos; quería saber si en verdad era tan agradable como para dejar planes, familias, vida. El primer *plon* entró suavemente, sentí que se infló mi cabeza. Ellos reían ante cualquier gesto mío. Me reí con ellos. La pintura también ha acompañado mi camino, recuerdo que esa vez, empecé a ver una mezcla de colores que nunca antes vi, se mezclaban y hacían formas que nunca logré plasmar en el lienzo; transmitían un cúmulo de emociones y desafíos que resumían mi vida. El tiempo pareció detenerse, todo se hizo más lento, los músculos de mi espalda llegaron a una elasticidad y agrado como nunca. *Un masaje ahora te haría ver estrellas.* Dijo seguro, pensó que iba a caer en su juego. Sí, los masajes de Andy no tienen contrincante alguno, mi espalda lo sabía, eran tres o cuatro por los que había pasado, así que asentí. Fue una explosión de sensaciones que en determinado momento generó en mí una alerta. *Andy, quiero que sepas que vos me caés muy bien, pero también quiero que comprendás que jamás tendremos algo, no más que una amistad.* Andy me interesó en determinado momento, es verdad, pero me considero una mujer exquisita y no iba a estar con alguien que había recorrido todo el grupo de teatro a excepción de mi prima y yo, ambas lo decidimos así, no porque no nos cortejara, es más, fue tan sónico que nos cayó al tiempo. Dicho esto su postura y gesto cambiaron, así que continué: *Incluso, tendría más fácil algo con Juaco que con vos.* Rió y casi de inmediato me retó a besarlo. Me acerqué primero muy cerca a la cara de

Andy, cuando cerró los ojos y estiró sus labios, giré en dirección a Juaco, abracé su cuello y besé sus labios muy apasionada, el tiempo suficiente para que Andy abriera sus ojos, nos observara y se imaginara él con su lengua en mi boca y no Juaco. Cuando la temperatura en el cuarto empezó a elevarse, al igual que la de Juaco, decidí parar. *Vos sos cosa seria*. Fue la primera vez que me dijo así, repitió la frase de *Pink Tomate*, muchas veces más, una consecución de años más.

## X

Sentada seguí recordando a Andy, recordé una noche que me dirigía para mi casa y pasando por el parque él interrumpió mi marcha. *¿Mona para dónde va?* Para mi casa. Seguí caminando. *Tomate unos vinos con nosotros, mira que hay luna llena.* La luna llena siempre ha generado en mí una sensación agradable, todo poderosa, es como si llenara esa parte que todos esperamos llenar con otra ser. Generaba una sensación de bienestar, de inicio y fin, de muerte y resurrección teniendo como puente un orgasmo. *Los acompaño sólo si me acompañan a mi casa.* Dije. *De una.* Contestaron al unísono Ana y él. *¿Cómo estás nenita?* Me preguntó Ana con los ojos entrecerrados. *¿Bien y vos? ¿Cuándo llegaste?* Se acarició el cabello, era ondeante y sedoso. *Esta tarde.* Sonrió finalmente. Ana era una nena que había conocido tiempo atrás, estudiaba comunicación social, siempre tuve la impresión de que había un gusto mutuo. La luna y el vino invitaban a efectuar dicha fantasía. *Caminemos.* Dije. Así lo hicimos, los tres nos fuimos, desarticulando el numeroso grupo en el que ellos estaban. Hablamos de lo que estábamos estudiando y de cómo estaba de jodido el país. Recorrimos *Pueblo Roto*, de oriente a occidente. La yerba alimentaba nuestros pasos. Caminamos un poco más de una hora, llegamos a uno de los extremos del pueblo. Tomamos cerveza, cuando estábamos más *fiestos* (como dice un primo), decidimos regresar. Andy como siempre inició con directas o indirectas su plan de conquista. Pobre, desconocía por completo mi maléfico plan.

Antes de regresar al centro del pueblo, Ana nos pidió que la esperáramos porque debía arrimar donde su abuela. Yo necesitaba un baño y la abuela de Ana, poco agradada aceptó prestarlo. La casa era grande y la decoración parecía de una cabaña, tal como la de mi fantasía, en la que tendría un romance con un jovencito, cuando mi cuerpo tuviera muchas grietas y el único testigo fuera el Quindío. Era muy acogedora, la abuela me miró extrañada. Pensé: *yo soy alguien normal, al menos sí en comparación a las nenas con las que sale Ana*. No le di importancia y fui a hacer lo planeado. *Vos me gustás*. Me dijo Andy al salir de la casa. Lo miré con una sonrisa y poca credibilidad. Lo miré a los ojos y le dije: *A vos te gustan todas*. Traté de cambiar el tema. *Es en serio Mona, desde que llegué a Pueblo Roto, vos me impactaste, y cuando empecé a conocerte, el sentimiento creció*. Me reí un buen tiempo. Ana salió, me acerqué a Andy y le dije: *Prefiero besar mil beses a Ana que a vos*. Sonrió, sin duda pensó que era broma. *Muchachos yo me quedo, hoy amaneceré aquí, estoy cansada y no me creo capaz de llegar al pueblo*. Nos miramos, la abuela que estaba en la puerta se despidió y entró, seguramente a continuar durmiendo, la pobre estaba en pijama, obviamente no esperaba a Ana. Los tres pasamos a la otra acera. *Llamaré a mi mamá para que no me espere*. El ritmo cardíaco se aceleraba en mi pecho. Las manos empezaron a sudarme, sabía que era ese y no otro el momento perfecto para unir las piezas del rompecabezas: la luna, Ana, Andy, lejos del pueblo, nosotros solos; al menos fue así cuando cerraron la tienda en donde ella llamó a su madre. Se acercó a despedirse, primero besó la mejilla de Andy y cuando se dirigía a mí, la tomé por el cuello, la miré fija y decidida. La besé. El efecto del vino, la yerba, la cerveza y de nuevo la yerba, pareció disiparse del sistema de Andy. Disfruté del beso, pero más del hecho de que allí estaba Andy con la boca abierta, casi desencajándose su mandíbula. El beso duró varios minutos, la abracé fuerte y le deseé una linda noche. Ella se fue sonriente, yo triunfante. Andy había acelerado el paso, en realidad no vio el final del beso, parecía en shock. *Vos sos cosa seria*. Esta vez no lo dijo con la sonrisa que traía cuando pretendía regalarme a Juaco, la vez que nos quedamos en su casa, porque si no llega en ese momento la mamá de Andy, de seguro en esa situación yo no iba a quedar tan intacta. Esa noche Rosa llegó justo cuando Andy estaba incitando a Juaco para que me siguiera tocando, así los escuché cuando regresaba del baño. Rosa apareció de un momento a otro, venía ebria y con el sostén en la mano, era presa de la risa. Al parecer yo no era la única malvada de la noche. *Si no me vuelo me comen*. Dijo en medio de la carcajada. Se sentó a mi lado, Andy le ofreció un poco de yerba, aceptó un *plon*. Me contó que esa noche había

conocido a alguien, uno más apuesto y adinerado, muy diferente a los de sábados anteriores. *Este es más ágil que los otros.* Lo dijo exhibiendo nuevamente el sostén en su mano. Reímos juntas.

*Cómo puedes ser tan cruel, primero con Juaco y ahora con Ana ¿A qué juegas mujer?* Lo decía en medio de una desesperación que creí se salía de mis manos. *¿A qué juegas vos? ¿Me crees estúpida? ¡No caeré en tus Juegos Andy, no me confundás con tus amiguitas!* Se detuvo. Me miró como nunca otro lo hizo, había en sus ojos una carga de dolor, desesperación y melancolía. Llegamos a mi casa. No se despidió.

## XI

Tendidos en la cama siendo más que arrugas en las sábanas, estaban ellos, esperando nuestro encuentro. Regresé, mi mente alentadora retornó al momento justo. Me animaron los ojos vaciladores. El rostro de Ana encarnó en el de Adriana, quise olfatear su cuerpo y perderme en él, trémula, perderme en él; sin límites, perderme en él; besando su esencia cristalina, perderme en él; con manos cóncavas, perderme en él, con cabellos enmarañados, perderme en él; perderme en él, tal como el poema de Jattin: *como un río que teme al mar, pero siempre muere en él.*

Tomé su rostro de luna entre mis manos, la acerqué a mí, con la lengua probé sus labios, apreté con mis dientes tan carnosa boca. Mi tacto me reconoció en un cuerpo ajeno. Tantas noches ausentes y ahora me encontraba en un lecho con dos cuerpos. Me perdí. Los sentidos se agudizaron, las papilas y nuestras miradas se dilataban al ritmo arrullador de nuestros cuerpos. Intenté seguir pero el olor a muerte lo impidió. Me retiré, dejé que continuaran. Me dirigí al baño. Encendí la luz, observé mi cuerpo, ahora un sobreviviente de batalla, mis piernas, brazos y espalda eran sangre viva. Corrí hacia la ducha, desesperada lavé lo que más pude, lamenté no tener un estropajo. Con las yemas y las uñas estregaba muy fuerte hasta que ardiera la piel. El agua que caía de mi cuerpo, hizo un remolino escarlata, antes de continuar su recorrido habitual. *¿Qué pasó?* Ingresó *Él* a la ducha. Lloré. Me bañó en besos, parecía entender. *Estrega mi espalda, hasta ahí no alcanzo.* Muy tierno pasó sus yemas, sus labios; acarició mis senos, metió su lengua en mi boca. *No quiero estar con ella, no me gusta, además está sangrando. Sabes cómo lo detesto.* Me miró paternal. *Estás celosa.* Sonrió. *Para nada, no es de mi gusto, sólo es eso.* Hicimos el amor, quise disfrutarlo y gemir con la fuerza suficiente para que ella me escuchara, para recalcarle que todo él me pertenecía. Al salir del baño, la encontramos acostada en la cama, desnuda mirando el techo. Me acosté en la cama auxiliar, *Él* decidió quedarse conmigo. Ella, comprendió, se cubrió con la sábana.

Amaneció. Ella se duchó y despidió. *Él* salió en busca del desayuno. Ingresé al baño, encontré el sanitario hecho un hospital bélico. Salí de inmediato, quise vomitar, me dirigí al mirador, encontré los transeúntes como hormigas, quería lanzar mi asco al mundo. Llegó *Él*. Frustró tal acto. *¿Qué pasó?* Le señalé el baño. *¿Cómo es posible que sea tan desagradable?* Paciente entró y aseó lo que más pudo. Me entregó el desayuno. *¿Qué te dijo?* *¿Se disgustó porque amanecemos sin ella?* *¿Volveremos a verla hoy?* Terminé un bocado de fruta. *No dijo nada, sólo se despidió.* Sentí que ella lo había comprendido todo, estaba segura que lo dejaría, o al menos mientras continuáramos nuestra relación. Me bañé y vestí.



*¿Qué buscas? Preguntó mientras empacaba. Mi aro, estoy segura que tenía los dos sobre esta mesa. Él no le dio importancia. Te compraré otro par. Balbuceó, contando el dinero que traía. No lo entiendes, tiene valor sentimental. Seguí buscando. Ella se lo llevó. Dije. Él sonrió. ¿Para qué iba a llevárselo? En tono enigmático dije: es posible que quiera recordar esta noche. Tener algo mío.*

*La navidad trae consigo el pasado.*

Con la lluvia llega tu mensaje, cada gota revienta en el asfalto una palabra muda; intenta ser eco pero el ritmo crea sinfonía. Es el lenguaje del enamorado, imperceptible para los mortales. Hicimos el amor al paisaje, nuestros sentidos se aproximaron, quisieron perderse, comulgaron, ahora lejos tú, lejana yo; no queda más que inmortalizarte. Recuerdo cuando decidí huir de ti, de Andy y sus delirios, de todos, de sus siete máscaras; las mismos que mirando el sol sentían calcinarse, los confiables y perecederos, transparentes y compactos amigos. No tuve más opción que refugiarme en un pueblo aledaño, *El Reino de los Perros*. Sabía que no te arriesgarías tanto, allí no podías ir, te buscaban, tu cabeza ya tenía precio. Contrario a la decisión tomada, el Quindío continuó siendo nuestra *Celestina*.

Rosa creyó que mis visitas y los masajes de Andy indicaban un romance. Nunca aclaré tal confusión. Desconocía la existencia del hermano de Andy. *Yeisson regresa para navidad*. Le dijo a su madre, ella saltó de emoción. *¿Yeisson? ¿Quién es Yeisson?* Me miró sorprendido. *¿No sabes quién es Yeisson? Es mi hermano*. Lo dijo mientras acercaba una desgastada foto. Yeisson, su hermano, era mi amor platónico, un niño sensible con el que crucé un par de palabras, pero que por un azar del destino que no logro ni me interesa comprender, surgió en mí, la loca idea de que en algún momento, nuestros cuerpos se encontrarían.

## II

Desconozco si te has sentido huérfana como lo estoy ahora. Me pregunto dónde estarán los míos, deseo saber si en mis luchas están ellos presentes, o al menos se enteran de mis esfuerzos. En momentos cortos, siento que pertenezco, que existo y me oyen. Aunque en vano, encuentro un poco de lo que busco y al pisar segura, el puente se quiebra y de nuevo me abandonan. Soy una estatua hecha polvo, mi cuerpo se cuele entre mis dedos. –(lo dijo de nuevo mirándome, no pude contestar de inmediato, ahora le contestaría que en verdad lo he sentido, ¿A caso quién no lo ha experimentado?)-.

No recuerdo muy bien cómo empezó todo, quizás fue el efecto de la yerba, la marihuana te hace lento, las ideas llegan en dosis confusas. Una de las tantas noches que nos reunimos en la casa de Andy a fumar en compañía de Joaquín y ahora Yeisson, Yeisson pareció inspirarse, no sé si por la yerba o la luna llena. *Eres muy bella*. Bajé la mirada. ¿Bella yo? Bello él, que tenía cara de ángel, bello él que desechaba cualquier límite, de tiempo, edad, distancia, frontera, confort... ¿*Te acuerdas que nos conocimos cuando éramos unos peladitos?* ¡Claro que me acordaba!, deseé paciente todos esos años a nuestro encuentro. Nos besamos. Justo al momento de aparecer Rosa. Lo separé como pude. Tenía un mensaje, pero pareció olvidarlo. Esa noche me quedé en la casa de Andy, en la cama de Yeisson, con Yeisson. *Bienvenido al microcosmos*. Le dije, justo cuando palpó unas tanguitas pequeñísimas que traía. Sonrió. A la mañana siguiente, Rosa parecía no haber descansado, al menos así lo advertía su rostro. En compañía de Yeisson compramos los ingredientes para el desayuno, cociné, pero Rosa no salió de su cuarto. Guardaba la esperanza de que Andy hablara con ella y le dijera que nunca compartimos más que ideas, sueños, teatro y literatura. La realidad fue otra.

Retorné hasta mi casa en compañía de Yeisson, mi madre pudo finalmente verlo. La conocía, sin duda alguna, lo odiaría. Gritó aquellas palabras, con la misma fuerza que lo hace una cigarra en pleno cortejo. A Yeisson pareció no importarle. Al menos fue lo que me confesó un par de pasos, lejos de mi casa. *Lo siento, pensé que ya no estaba, a esta hora siempre trabaja*. Caminaba lento. *No hay lío, no es la primera que dice lo que soy*. Fue ahí cuando recitó a Gibrán: ¿Me preguntáis como me volví loco? Así sucedió: Un día, mucho antes de que nacieran los dioses, desperté de un profundo sueño y descubrí que me habían robado todas mis máscaras -sí, las siete máscaras que yo mismo me había confeccionado, y que llevé en siete vidas distintas-; corrí sin máscara por las calles atestadas de gente, gritando: -¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Malditos ladrones!... Hombres y mujeres se reían de mí, y al verme, varias personas, llenas de espanto, corrieron a refugiarse en sus casas. Y cuando llegué a la plaza del mercado, un joven, de pie en la azotea de su casa, señalándome gritó: -¡Miren! ¡Es un loco!... Alcé la cabeza para ver quién gritaba, y por vez primera el sol besó mi desnudo rostro, y mi alma se inflamó de amor al sol, y ya no quise tener máscaras. Y como si fuera presa de un trance, grité:

-¡Benditos! ¡Benditos sean los ladrones que me robaron mis máscaras!... Así fue que me convertí en un loco... Y en mi locura he hallado libertad y seguridad; la libertad de la soledad y la seguridad de no ser comprendido, pues quienes nos comprenden esclavizan una parte de nuestro ser. Pero no dejéis que me enorgullezca demasiado de mi seguridad; ni siquiera el ladrón encarcelado está a salvo de otro ladrón...

## III

Los otros son extranjeros, todos se presentan tan diversos y lejanos. Parecen dinosaurios, duendes, entidades sin rostro... Con la luz opaca, me animaba a ser una más, imitar sus gestos y acciones, siempre con la luz opaca, de incógnita, con la luz opaca; no los engañaba, lo entendía, no era mi plan, me mentía, con la luz opaca; justo antes de salir el sol, yo era una más de los locos, nunca a plena luz, lejos de mi madre y sus monstruos. *Está trabajando ¿cree que ese tipo de comportamientos y esas amistades no afectarán su puesto? Si la echan, no diga que no se lo advertí.* ¿Tan malo era tener un empleo y hacer al tiempo las cosas que deseaba hacer tanto?; las mismas que reprimí por salvarla a ella.

*Me han robado mi vida. Estoy viviendo en un pueblo que no quiero vivir. Estoy viviendo... una vida que no deseo vivir. Me dije años posteriores, cuando ella no estaba, ni la oportunidad se presentaba. En crisis, ese era mi estado. Pensé que en determinado momento me iban a internar, mi corazón pedía una cosa y mi madre exigía otra ¿Debía obedecerla a ella por ser quien me otorgó la vida, o a la razón que había adquirido con los años vividos?*

*No soy tan perfecta como lo crees, no como lo creen muchos. ¡Soy una simple mortal! Quiero cometer errores y que eso no signifique una crucifixión. Un día me verán, se darán cuenta quién soy realmente, porque esta, esta que has decidido fabricar y pulir... no soy yo. Descansé, descargué todo lo que estaba impidiendo el paso de aire a mi pecho y con él, la fuerza suficiente para alzar vuelo. Sentí que renacía, se quedó inmóvil, con la boca y ojos muy abiertos observando cómo retiraba de todo mi cuerpo esa envoltura rosa elegida por ella, ahora una mezcla multicolor y estridente, nunca antes vista, me describía y la cegaba. Sabía que era lo correcto. No por lo que otros esperaban, sino por lo que sentía. Mi pecho era un ave fénix que clamaba ser liberado y abrir fuego en medio de la batalla que decidí iniciar.*



*El tiempo se desliza entre mis dedos.*

Llegué de la universidad y deseé hablarle. Timbré a su puerta fue él quien me abrió. Estaba solo. Llevaba una raída toalla. Yo, una minifalda y amplia blusa; apenas ingresé, sin saludar levantó la falda y bajó la blusa. Mientras observaba un afiche de *Emiliano Zapata*, Yeisson encausaba mi cuerpo. Un ruido de puerta que se abre, logró separarnos, de un salto él regresó a la ducha. Lenta subí mi blusa y bajé la falda, observé la puerta intacta, el ruido era del apartamento vecino; antes de subir mi panty que era una trampa a mi paso, tal como las malezas que nos hacían caer a mi prima y yo cuando corríamos en los prados; sentí mis piernas húmedas y viscosas. Reí, el pobre pareció ser una serpiente del desierto, de esas que escupen veneno ante la menor amenaza.

Salimos. *Mañana Andy irá a mi casa para preparar un ejercicio escénico, debemos presentarnos la próxima semana. Si quieres puedes venir.* Le dije y traté de tomarle la mano, pero me arrepentí, pasábamos cerca de la casa de una tía. *Seguro, pero ¿puedo ir con mi novia?* Lo odié. En varias ocasiones le propuse que fuera mi novio, yo que soy tan orgullosa, yo que en verdad no lo deseaba pero me veía en la obligación de bautizar aquello que se suponía, teníamos; darle un calificativo al igual que se hace con todo cuanto existe. Él no aceptó, no le importó la insistencia. *¿Cuál novia?* Le dije tratando en vano de disimular mi disgusto. *Una que me conseguí, ¿no la conoces?* Quise matarlo, pero no soy tan mala, no como para dejar un cadáver. *Sabe qué, nos vemos, tengo cosas por hacer.* Aceleré el paso, quise que me llamara, lo hizo; quise que corriera y dijera que era mentira, que solo estaba conmigo y quería ser mi novio, no pasó. La yerba trabó sus pasos. Empecé a dilucidar mi plan de venganza. No volví, al menos por par de semanas.

Cruzando el parque los encontré, tal como lo imaginaba, ahí estaban ellos: Andy, Yeisson y otros que no importaban. Saludé a Andy, ignoré por completo a Yeisson, más aún cuando su hermano me lanzó un *¿qué hay de tu vida? -Frío e impersonal, como si yo tuviera eso, como si yo todavía usara eso.-* Recordé a Jattin, y en ese mismo instante, quise ser la esposa de cualquier alcalde, tenerle cinco hijos, usar anteojos y pasear con un chofer endomingado; pero en dos semanas no se logra tanto, al menos no cinco hijos. Lo ignoré. *¿Por qué no has vuelto a la casa?* Dijo Andy finalmente. *Vuelva, mire que hace falta.* Me guiñó el ojo. Yeisson se acercó. *¿Me acompañas a la casa?* Sonreí, desarticulamos el grupo que ya era numeroso. *¿Qué te pasó ese día?* Decía en medio de una risa macabra. *No era un buen día.* Me miró. *Eres bien celosa.* Reí. *No es eso, tenía que decirte algo y vos saliste con esa vaina y pues bueno...* Su mirada estaba más perdida que de costumbre, desconocí en ese momento qué tenía o pasaba por su cabeza. Un par de cuerdas más, me enumeró los hongos consumidos, los suficientes como para enloquecer un elefante. *Quería decirte algo muy delicado.* Continué, se detuvo, sus ojos desorbitados trataron en vano de mirarme. Él no lo sabía, pero todo hacía parte del plan macabro al que me catapultó con semejante noticia, aunque dijo finalmente: *Era mentira. No tengo ninguna novia, estoy con vos, ya.* Descansé al oírlo, pero eso no limitó mi venganza. *¿Qué tenías que decirme?* Preguntó finalmente. Liberé mi veneno. *Tengo un retraso.* Los hongos hicieron efecto, explotaron en su cabeza, toda su vida transcurrió en imágenes vagas tal como lo narran quienes visitan la muerte.

*¿Qué?, ¿estás segura?* Triunfante le asentí. *¿Qué haré con un hijo? Fresca, no seré tan hijueputa como mi papá, no como fue con mi cucha.* El trauma fue más para mí que para él al observar semejantes reacciones. Pasaba de la furia, a la risa, del llanto a la euforia. Era tal la cantidad de hongos que ya me estaba causando efecto a mí; lo veía grande, verde, naranja, amarillo, enano, su boca deforme y sonriente, tal como el gato en *Alicia*. Como noté que mi broma era medio pasada le dije: *tranquilo, es un simple retraso, me haré una prueba y te comunico.* Pareció escucharme tres horas después. *¡Un bebé! Siempre he querido tener uno. Un niño, le enseñaré malabares. ¡Ahora un bebé! Parece no tengo empleo, vivo de arrimado donde mi hermano ¿cómo responderé por él? Un trabajo... ¡eso es! ¡Conseguiré trabajo!* Todo se estaba saliendo de control. *¿Cómo podía tener un hijo de un hombre con el que ni siquiera un noviazgo tenía? No lo amaba, estaba con Yeisson por huir de *El innombrable*. Con dicha idea, los dos estábamos en Shock. ¡Qué mala madre era yo!* Concluí en un primer momento. Luego, agradecí al recordar que tan sólo dicha información era parte de mi venganza, una que pararía al día siguiente, o el siguiente de este siguiente... Al menos eso pensaba.

## II

Decidí dejarlos, a Yeisson y a la mentira. No volví por un par de días a su casa, quería saber cuál era su reacción, fantaseaba al pensar que él venía a mi casa y me decía: *Quiero estar contigo, seamos novios, quiero el bebé que llevas en tu vientre*. Falso, ni él hablaba así, ni me quería, mucho menos deseaba ser mi novio, menos tener un bebé, además *¿bebé?, ¿cuál bebé?* Entré al baño, mi regla era al igual que yo, intermitente, inconsecuente. Hice un par de cuentas. Mes y medio sin su regreso. *¡Mierda! Por qué no tenía un calendario como lo suelen hacer cualquier chica ideal*. Me dije. Era presa del vértigo. No era posible que dicha cosa resultara. Efectivamente nunca llegamos a cuidarnos. *Estéril, soy estéril. Nunca me cuidé con mi novio anterior, eso lo demuestra*. Le dije

varias veces, engañándome más a mí que a él. No podía creer que un ser tan minúsculo, casi enano, como era Yeisson y su miniatura, iban a engendrar uno de los tardíos óvulos que liberaba mi cuerpo. Las posibilidades de que yo engendrara eran reducidas, al menos así lo creía. Aquel artículo inofensivo apareció como amenaza: *“Los hombres con miembro pequeño tienen mayor posibilidad de engendrar a su pareja”*. Recordé, dicho artículo explicaba que los miembros pequeños disminuían la sensación de estrés en el útero al contar con el espacio suficiente como para recibir una gran carga de semen, o algo así; el punto es que un pequeño pene tiene mayor posibilidad de engendrar que un miembro prominente. En ese mismo instante lo maldije a él y a su diminuto pene.

## II

*¿Cómo estás?* Le pregunté preocupada. *¿Cómo quiere que esté?* No respondí. Dijo con la mirada en el suelo: *Sabe qué parece, no quiero saber nada. No quiero volver a verla.* Me molesté. *¿En serio?* *¿De verdad no desea saber cuál es el resultado?* Me miró desafiante. *No.* Fueron sus palabras, las mismas que pulverizó lo que iniciamos, aquel juego macabro definido por mis pataletas adolescentes. *Listo. No sabrá nada.* Fue todo lo que contesté. Me fui, quería correr, dejarlo todo, desarmarme, desmontar mis brazos, cabeza y liberar el alma, ser un arcoíris entregado al cielo.

En casa tomé aire, me senté mirando la tarde, recopilaba en vano lo sucedido, quería entender lo sucedido, deseaba desempolvar cada paso, tomar conciencia y evitar semejantes errores y tonterías en el futuro. Los cólicos se hacían más fuertes al pasar los días. Agradecí a mi ciclo anunciar su visita. Analicé las posibilidades de un embarazo real, eran mínimas, pero siendo franca había una posibilidad diminuta.

Una tarde decidimos visitar un nacimiento de agua de *Pueblo Roto*, una gran fuente, lugar prometido para amantes de cuerpos propios y ajenos, apasionados de la naturaleza. Aquel paraíso escoltado por montañas, al inicio gran fuente de vida y luego promesa económica para otros; *Propiedad Privada*, en eso quedó. *La toma*, ese era su nombre inicial, allí donde llegábamos a tomar un baño, tomar un descanso, tomarnos de las manos, tomar oxígeno para alentar el paso, tomar fuerza para no perdernos en la monotonía, tomar nuestras vidas y recalcarlos que nos pertenece, que vence pero nos pertenece. Aquella esperanza de vida fue tomada, usurpada, violentada, privada. Era enorme, caudalosa, pura. Varias generaciones la recordaríamos y contaríamos como un mito urbano. Ese día entramos arriesgando más que los zapatos, los mismos que el lodo pareció tragarse. Sobre una roca se sentó él. Sonriente me llevó consigo, corrí mi falda de gitana, sus piernas fueron soporte. Iniciamos una danza sincrónica. Yeisson no era sinónimo de orgasmos, era demasiado egoísta como para preocuparse por mí y al menos intentara (o por delicadeza fingiera) tomarme en cuenta. Pasé de una simple mortal a convertirme en una gran muñeca de silicón que lo masturbaba. Ese día, dejó en mí, algo más que la sensación de histeria.

## IV

*¿Me escuchas?* Realmente estaba en otro lugar, no quería escucharlo, deseaba enfrentarlo y reclamar mi orgasmo, eran demasiadas noches y días como para merecerme uno, con uno sería una mujer feliz. Era mucho por tan poco. Quise lanzarlo al caudal. Ver su cabeza impactada en una de las enormes rocas. Volvió con su cuestionario. *¡Ya te escuché!* Grité. *¿Qué piensas?* Dijo más preocupado por lo que me decía, que por saber en verdad qué pasaba por mi cabeza. *Nada, ¿por qué lo preguntas?* Con esta pregunta, era obvio que no estaba prestando la atención que él reclamaba. Acarició su cara, intentó en vano ponerse los zapatos, estaban hechos lodo. *No puedo tener hijos.* Dije segura. Me miró. *Además, si quedara embarazada, sin duda alguna, abortaría.* Dejó los zapatos que ahora lavaba. *¿Es en serio?* Ordenando mi falda, dije: *¡claro! No tendré hijos, ahora ni después y menos contigo, si buscara un padre, ten por seguro que nunca te elegiría.*



*¡Maldita sea!* Dije desesperada acariciando mi vientre. Volví a maldecir su diminuto miembro. *¿Será posible?* Debía ser un mal día. No recordaba cruzar la calle pisando grietas, no vivía con un gato negro; ¡no pasé debajo de una maldita escalera!, ¡no quebré ningún puto espejo! Desconocía la gravedad de un hecho trascendental que pudiera desatar semejante situación. Pero así era, estaba cuestionándome por algo que descuidé al inicio. ¡Maldita sea! Una *Post Day*, tan sólo dos pastillitas diminutas en el momento oportuno me hubiesen salvado de semejante situación, pero no: “*Soy estéril*”, ¡siempre con la misma tontería! Cómo podía ser tan irresponsable conmigo, mi cuerpo, mi vida. Me odie más que nunca. Quise deshacerme de mí, divorciarme, abortarme.

*Estaba sola, lo sabía. Contaba conmigo y lo que tuviera en el bolsillo.*

Siempre deseó tener un hijo conmigo, quería que fuera igual a él. *¡Vámonos!, si quieres encuentro un lugar para que estemos los dos.* Propuso, yo acepté. Pensé en ese momento que sería un lugar de encuentro, dejaríamos los moteles y ganaríamos un lugar para compartir, o sola encontrarme, recibir el oxígeno y libertad tan deseada. *Quiero que me des un caballete, quiero pintar en lienzo. Te pintaré desnudo.* Le gustó la idea, más por retratarlo a él que por pagarme las clases de pintura. *Deseo tener un bonsái y un cuy angora.* Ahora que recuerdo, me doy cuenta lo ingenua que era, una niña simulando ser mujer. Amaba estar conmigo, le inyectaba mis días, era vida en pequeñas dosis, dosis que no rechazaba y reclamaba constante, la fuente se vertía por mis besos, manos y sexo, *Él* lo sabía. Igual que Drácula, amenazó con quitarme todo. No deseaba dejar nada para mí, tan siquiera la vida.

*¡No era posible que ahora mi vientre se sintiera tan bien como para engendrar!* Ese era el pensamiento que me asaltaba a cada paso, este y lo vivido con *El innombrable*, tormentosos recuerdos llegaban sin previo aviso y me jodían el día, hasta los sueños se convertían en pesadillas. *Si tú me das un hijo me sentiría el hombre más afortunado. Te pediría que te casaras conmigo.* Recordaba aquella propuesta nocturna, donde ebrio por el licor, tomaba el valor para decirlo, y yo ebria por la noche, aceptada por unas cuantas horas. Nunca le creí, pensaba que era una locura o resultado de sus drogas. Lo repetía tan insistente que en cierto momento me agradó la idea. Nunca salió de mi boca un: *Acepto*. Siempre mi carrera fue la excusa perfecta, debía esperar un par de años para recibir mi respuesta. Con seguridad moriría antes de que yo tuviera mi título, se arrepentiría de estar conmigo o yo lograría por fin, librarme de él. También se presentaba la idea de que me cambiara por otra, una mujercita mucho más dócil, complaciente y etérea.

## II

Rumbo a casa *Él innombrable* alcanzo mis pasos. Tomó mi mano, detuvo un taxi. *Quiero presentarte un río, es muy especial, en sus aguas hay un nuevo trozo de historia.* Llegamos a un parador, nos bajamos y almorzamos, hasta ahora desconozco su nombre, era un pueblito pequeño, al igual que otros tantos del Valle. Caminamos por mucho tiempo, unos carriles se imponían ante nuestros pasos, eran interrumpidos por el asfalto que en vano intentaban sepultarlos, era como si reclamaran su espacio, se resistieran a morir en el tiempo; ahora que no soportaban el itinerario del tren no aceptaban su extinción. A lo largo se veían algunos vagones carcomidos por la humedad y exceso de sol.

*Perdón señor, nos puede indicar por dónde podemos llegar al río.* Interrogó a un transeúnte. *Deben abordar un bus para que los lleve al siguiente pueblo, aquí lo único que hay es un caudal de aguas negras.* Rieron al tiempo. Nunca llegamos al río prometido. Desconozco su nombre, al igual que la historia que me quería compartir. Caminamos por el parque principal. Observamos la gran iglesia. *Ven.* Dijo, tomando mi mano, *¿Quieres casarte conmigo?* Reí, trataba de asimilar. *¡Qué!* Dijo: *Te pregunto si quieres estar conmigo el resto de tus días.* Sonreí. *Cuento mis días, y en verdad es mucho tiempo. Contigo quiero un par de meses.* Reí, mi comentario pareció no agradarle. No entramos a la iglesia, pasamos de largo, ingresó a una tienda de discos, trajo uno y me lo obsequió. Escuché ese disco tiempo después. Cuando me realicé la prueba que aclararía toda la ansiedad que traía conmigo, lo repetí hasta desgastarlo por completo. No volví a consumir nada que alterara mi conciencia e intoxicara mi cuerpo. A Andy también lo dejé, a él, su guarida, sus noches e historias.

*Quiero vivir contigo en Francia.* No le creí. *¿Sabes francés?* Negué con la cabeza. *Debes aprender. Tengo varias oportunidades de trabajo allá. Todo será maravilloso.* Pasé un trago grueso de cerveza, pensé que estaba ebrio. *¿Te irías conmigo para Francia?* Lo miré fija. *Deseo terminar mi carrera.* Mentía. No era eso, obvio no me iría con él, lo amaba muy poco para hacerlo, no dejaría a mi madre con tantos líos como los que había generado. Tampoco renunciaría a mi zona de confort. Esa noche regresé a casa, dormí sola y vestida.

## III

El resultado sin duda era negativo, pensé; de lo contrario, no resultaría tan positiva la noticia. En cuestión de segundos, desfilaron por mi mente una consecución de imágenes, hasta que mi pensamiento retrató a un niño. Quería que fuera un niño, las niñas me daban pánico. Si era un niño, cualquiera de los dos (Yeisson o *El innombrable*), lo aceptaría. Luego dije sin percatarme de la soledad del baño: *Si es positiva ¿Cuál de los dos es el padre?* Mi rostro se desdibujó. *Será mío, eso es lo importante.* Las gotas mancharon poco a poco la diminuta prueba, inicia la cuenta regresiva. Primera línea roja. Apareció una segunda. *¡Son dos!* El resultado era positivo, salté de la emoción, no podía creer que yo albergaba vida en mi vientre. Algo más que simples parásitos habitaban mi cuerpo. Las lágrimas confusas brotaron de mis ojos, pensé en llamarlo a *Él*, sabía que Yeisson no quería saber nada de mí y menos de la supuesta criatura. Te llamé ¿lo recuerdas?, te dije: *Debemos hablar, quiero saber si cuento contigo.* Contestaste: *¡Siempre!*

Caminaba y planeaba muchas cosas: ¿cómo se llamaría?, ¿a quién se parecería?, ¿qué dirían Andy y su madre?, ¡Mi madre! ¿Qué diría en referencia a semejante noticia? Sentía algo mágico en mi vientre, como si hubiese comido un trozo de luz, una porción de luna; algo bello desfilaba por mi vientre, llenándome de paz y gozo; una sensación basta, me complementaba. Pero mi boca, de un momento a otro liberó un: *perdón, agradezco en verdad que me hayas elegido. Pero yo, yo no puedo ser tu madre.* Me recogió en un taxi, llegamos al motel de siempre, de nuevo hice la prueba. *Estoy embarazada.* Pareció no entender. *¿Estás segura?* Llorando asentí, *Él* saltó de la emoción, tocó y besó mi vientre. *¿Estás segura?* Secando mis ojos contesté: *Sí, me acabo de hacer la prueba.* La euforia en mí ya había cesado, sabía que la decisión estaba tomada. *¿Estás bien?* Lloraba ahogada. *No, claro que no lo estoy, sabes qué significa esto.* Me abrazó, me sentí tan perdida. Lo separé. *¡No lo tendré!* Contesta: *Yo lo quiero, ¿eso no cuenta?* Lo miré extrañada. *No sabes si es tuyo.* Sin dudar: *Lo es, sé que es mío, siento lo mismo que sentí cuando Adriana me dijo que estaba embarazada, lo mismo cuando esperábamos a Camila.* Pasé con agua el llanto. *Será niño,* le dije. *Cuando se tiene alguien aquí adentro uno lo puede sentir.* Jugué un momento con su mente y la mía. No sé si fue producto de mi locura, pero al ver el resultado, observé mi vida transcurrir en una consecución de imágenes, unas a color, las de mi infancia y parte de la adolescencia; después de aparecer *Él*, las imágenes se presentaban en blanco y negro; estas desgarraban mi ser. Había intoxicado al límite mi cuerpo y metas, me negaba a aceptar lo sucedido. Lloré toda la noche, él no se separó ni un momento. Lo amé. Lo amé y odié por llegar a mi vida.

***Despedida sin encuentro.***

La tercera es la vencida, pensé. *Me realizaré una prueba real.* Dije desordenando el silencio de la habitación. *¿Qué quieres decir?* Tomando aliento: *Me haré una prueba de sangre. Necesito dinero.* Se limitó a entregarme un par de billetes. *Si es real ¿qué harás?* Lo miré decidida. *Sabes perfectamente lo que haré.* En verdad me dolía pronunciar aquellas palabras. Sin formarse, ya estaba generando en mí una batalla de hormonas que conflictuaba mi existencia. Llegué a la casa de Carla. *Necesito que me ayudes a conseguir las pastillas que usaste.* Dije sin rodeos. *¿Cuáles?* Por un momento no comprendió. *Me hice dos pruebas y salieron positivas. Aún no tengo los resultados de la prueba de sangre, pero temo lo peor.* Se sentó, parecía que la situación la afectaba más a ella que a mí.



*¿Cómo pudo ser tan irresponsable Mona? Además, las pastas no se consiguen así de fácil. Son ilegales. Usted sabe que puede morir desangrada o que no funcionen y finalmente nazca, incluso genere problemas de formación. Una pausa incómoda. ¿Qué hago entonces? Sentí en mi pecho un dolor seco, agudo, era una carga que impedía el paso de oxígeno. ¡Hay que huir de todo cuanto nos limite, nos haga presa!, él o ella llegará para eso, encarcelarme en la rutina, representa algo que no deseo. Soy lo suficientemente consciente para reconocer lo egoísta que soy, no deseo una responsabilidad además de mi vida. Me reúso en todas las formas. Me miró, sus ojos compasivos parecieron entender. Finalmente dijo: Haré lo que pueda.*

Ya en la clínica, la enfermera buscó en vano entre un cerro de resultados, el mío estaba aparte. Respiré profundo. Ingresé al baño a leerlo. *Positivo*. Con una gran sonrisa finalicé el rompecabezas. Recordé las náuseas, el mal genio, la sensibilidad, el poco apetito y los cólicos, esos que indicaban errados, la visita mensual. *Positiva*. Le dije por teléfono. *¿Dónde estás?* Preguntó Él rápidamente. *Estoy saliendo de la clínica. ¿Cómo estás?* Hice una pausa. *Bien, estaba segura del resultado. ¿Qué vas a hacer?* Se acelera a preguntar. *Ya lo sabes, hablé con una amiga que me va a conseguir las pastas; necesito plata.* Sin perder tiempo insistió: *Quiero verte.* Y yo de inmediato: *No puedo, estoy esperando a Carla. ¿Cuánto necesitas? Aún no lo sé, ella me indicará el costo.* No dije nada más, no quise despedirme.

## II

Llegué donde Carla. *Hola Mona, ya tengo el contacto, hay una enfermera que las puede conseguir, pero debe ser muy cuidadosa, si alguien se da cuenta, le pueden quitar la tarjeta profesional, despedirla y quien sabe qué otras cosas. ¿Quién le va a dar la plata?* Estaba en shock, no era tan fácil como parecía, siendo egoísta, era mi cuerpo el que iba a sufrir, ¿qué tal si me desangraba? ¿Quién iba a estar en mi auxilio? *Oiga, ¿Qué le pasa?* ¿Pues qué más me podía pasar? Luego de un rato pude contestar la pregunta. *Él, Él es quien me va a dar la plata. ¿Usted todavía sigue con ese tipo?* Contesté con un gesto. *Usted si está muy mal, ¡no me diga que ese bebé es de Él! ¿Qué le está pasando? ¡La desconozco! Usted no era así ¿Qué han hecho con usted? ¿Por qué ha permitido todo esto?* Esas preguntas quedaron estáticas flotando por mi mente un par de meses.

*Quiero verte.* Fueron las únicas palabras que me permití escuchar, apagué el celular; decidí encerrarme y no ver de nuevo el sol. Empezó a desfilar en frente de mis ojos toda mi vida, desde mis tres años, mis anhelos cuando era niña, mis logros y frustraciones, el colegio, la universidad y el salto drástico al consumo, a los excesos, en menos de un año mi cuerpo tenía tantas huellas y cicatrices que me odié. *Perdón, perdón por no estar preparada, por no haberte planeado con mayor consciencia. Deseo una oportunidad de cambio. Deseo renacer.* Sabía que lo que estaba viviendo no era en vano. Algunos deben morir para que otros sigan viviendo. *Sé que nos encontraremos en otro momento, no es posible en este, pero te amo. Te amo y agradezco desde lo más profundo, por este sacrificio de amor que me das.*

## III

*Ya envié la cantidad que me pediste, un taxista llegará en veinte minutos a tu casa. Le agradecí y corté la llamada. Efectivamente llegó la cantidad. Llamé a Carla: tengo el dinero. Llegué a su casa, la esperé algunas horas, el tiempo suficiente como para jugar en *flashback* y *flashforward*; mi vida no era más que eso, una película con una dirección dudosa, un guion imperfecto y una actuación que daba pena. Estas son las pastas. Las dejó caer en mis manos. Guárdelas antes de que llegue mi mamá. ¿Sabe cómo usarlas? Asentí. Le traje un par de sobra, pues, por si no le funciona las cuatro. Debe tomarse dos e introducirse las otras dos. Respiré profundo. Estoy en parciales finales. Ella no contestó más que con una mirada de gravedad.*

Llegué a mi casa. Las guardé como un tesoro, uno maldito, uno que amenazaba mi existencia y perturbaba la paz ahora poco experimentada. Pasó un par de días. Sin abrir la gaveta las observaba, sabía que estaban allí, esperando el día exacto, ellas me veían, olfateaban mi miedo, ganaban tamaño con mi duda, se alimentaban de la incertidumbre, se burlaban de la estupidez humana, la misma que yo encarnaba. Recibí una llamada: *Tengo que hablar contigo, sales o llego a tu casa, estoy en la esquina*. Dijo sin saludar. Si mi madre no podía ver a Yeisson, verlo a *Él*, era como declarar la Tercera Guerra Mundial.

A penas llegué a su encuentro, detuvo un taxi y me llevó consigo. Llegamos a un motel. *¿Por qué no contestas mis llamadas? ¿Cómo has estado? Estoy muy preocupado*. Le observaba paciente. *Estoy en parciales*. Fue lo único que llegó a mi mente. *¿Cómo estás?* Rasgando la mirada contesté: *¿Cómo crees o esperas que esté?... Te he pensado mucho*. Dijo. *Sabes, quiero estar contigo y con él*. El llanto me embargó, me sentí perdida, el dolor de un luto previo duele mucho más que cuando es posterior. Extrañar a alguien que aún no existe, lamentarse por su partida definitiva y radical antes de su llegada, era enfermo. Lo miré a los ojos *¿Lo quieres?* Contestó casi de inmediato *¡Claro que lo quiero!, lo quiero desde antes de saber la noticia, lo sabes, siempre te lo he pedido*. Luego de algunos minutos le pregunté: *¿Lo quieres a pesar de no saber si es tuyo?* *¡Claro que es mío!* Dijo resuelto... *Soy madre, ahora y después, aunque no lo tenga, seré madre, desde el mismo momento en que lo sentí, me convertí en madre*. Me gustaba su mirada paternal. Sí, en definitiva Carla podía tener razón, un padre, era eso lo que veía en él, el padre que había decidido matar a causa de la ausencia, ese que nunca quiso ser mi padre. Buscaba en él ese ser que siempre extrañé.

## IV

Era viernes, a pesar de tener clase, no quise ir, contaba sólo con un lunes festivo, no sabía cuánto tiempo duraría la recuperación. En horas de la mañana organicé algunas cosas sin prisa, el tiempo se presentaba lento, era consciente y calculado cada acto, la vida ganó profundidad, era real lo que se exhibía ante mis ojos. Sin experiencia, inicié su duelo, liberé cualquier sentimiento de culpa, él lo entendía, de seguro lo entendía. Recordé lo que una amiga me dijo referente a la muerte, *estamos aquí creyendo estar, nada de cuanto existe, es real; no somos más que hologramas, nuestra esencia se encuentra mucho más allá, lejos, detrás de las estrellas. Es un juego todo esto, somos marionetas de nosotros mismos, elegimos qué vamos a experimentar, cuándo y cómo nacemos, al igual que los padres que nos ayudan a ingresar a este espacio habitado. Al morir, nuestra consciencia se libera, continúa su ruta, regresamos con nosotros. También eso lo planeamos, el tiempo para estar aquí, cómo morimos. Todos son pactos, en relación a ciertas leyes existentes. Tal es el caso de quienes no respetan las leyes y se suicidan, ellos, deben de experimentar muchas*

*veces el dolor de serles arrebatada la vida. Antes de nacer, serán abortados tantas veces como sea necesario. Sólo hasta que sean conscientes del valor de la vida podrán nacer, pero el nacimiento será doloroso y el tiempo les será corto, pues de nuevo morirán.* Aquellas palabras se presentaban y en algo aminoraban dicha decisión. Por medio de una carta, intenté purificar mis actos; agradecí por tan bella experiencia, expliqué la situación y sus implicaciones; le supliqué que me perdonara. Mi madre llegó del trabajo. Almorzamos en familia, mi prima había llegado para quedarse le fin de semana, al inicio me disgustó la idea. Desconocía que sería ella quien salvaría mi vida, por segunda vez.

Estando en la mesa observaba a mi madre y llegaba a mi mente de manera atropellada, las historias narradas por ella. Era una humilde campesina y en sus labores desde niña, estaba cuidar a su madre; de once hijos nacidos y criados, mi madre era la menor, la menor y más fuerte, fue la única que decidió quedarse y cuidar de la abuela. Los otros por razones diversas eligieron huir, la veían cada dos o tres años, nunca llegaban en fechas especiales, siempre era una fecha corriente, igual que ellos. Mi padre sembró en mi madre la idea de una mejor vida, le prometió una casa y estabilidad económica para ella y su madre. No sé si fue por mi causa o en verdad, dentro de las intenciones reales de mi padre jamás estuvo efectuar lo prometido, pero toda la realidad que construía en los ojos de mi madre, desapareció con un simple soplo de viento. En el vientre de mi madre me manifesté y desde ese mismo instante, ella lo odió, cada vez que le veía, vomitaba hasta no tener aliento. Él paciente decía soportarlo y esperaría el tiempo necesario para que ella mejorara. Nunca mejoró, el vómito cesó, pero el asco hacia él se presentó más fuerte que la bilis, nada logró eliminarlo. Mi padre quiso interrumpir nuestro encuentro, mi madre lo odió mucho más, decidió dejar todo lo relacionado con él, eliminó cualquier rastro suyo. Aún hoy, no deseo conocerlo.

*Creación sin vida.*

Decidí descansar, mientras aquello iniciaba. El dolor en menos de cinco minutos alcanzó la cúspide; se le sumó náuseas, fiebre y al mismo tiempo hipotermia. Empecé a delirar. Recordé que no podía tomar ningún medicamento, pues podía intoxicarme, obstaculizar el procedimiento, esto implicaría una intervención quirúrgica; todos lo sabrían, de ser así, me hubiera ahorrado el dolor, sin dudarlo hubiese preferido tenerlo. Con un poco más de suerte, moriría.



Carla, de manera constante se comunicaba conmigo, no era enfermera ni algo parecido, contrario a lo que muchos pensaban, contaba con la información que yo necesitaba: cinco, seis o más abortos en su historial. Carla se enamoró profundamente en su adolescencia, se enamoró de quien su madre odió. Rumbo al colegio, vio un hombre que robó su atención, no era su físico, mucho menos su vestimenta; había algo en él que de manera inmediata no comprendió, así que se impulsó a investigar. Lo siguió con la mirada, luego, con paso presuroso logró alcanzarlo. *Regáleme esas flores*. Le dijo a quien sería su segundo pero primer hombre. Era una mujer atrevida, nunca antes experimentó miedo a nada. *El negro*, como le decían en el barrio, respondió con una tímida mirada al escuchar aquellas palabras, luego pareció sonreír. Ella se adelantó meneando su diminuta falda de colegiala precoz.

La familia de *El Negro* se resumía en un padre déspota y agresivo; una madre sumisa ante el puño del padre y un hermano traficante que se exhibía como la espesa concentración del padre en actos violentos; *El negro*, era otro, callado y de lento andar. En su físico parecía que tanto padre como madre dieron lo mejor de sí. En la construcción del ser, ambos no tuvieron cosa alguna para dar. *Yo quiero un noviecito así, que me traiga flores. Su novia es muy afortunada*. Dijo Carla. A la semana siguiente, de regreso a su casa, con una sonrisa de gracia *El Negro* contestó: *No tengo. Las flores siempre son para mi madre*. Con una sonrisa se despidieron, los caminos se dividieron. Días después él siguió pasando por la misma calle para verla de nuevo. *¿Me está siguiendo?* Le dijo ella sin que *El negro* supiera de dónde venía la voz. *¿Me trajo flores?* Con mayor vergüenza que antes, se quedó mudo. Al día siguiente la alcanzó antes de entrar al colegio, le entregó unas cuantas rosas. Esa mañana iniciaron su romance. De tanto en tanto, llegaba a la memoria de Carla aquel que sería su primer hombre, el mismo que odiaba y deseaba no haber conocido. *El negro* y Carla hicieron el amor como ella siempre deseó. Meses después ella se sentía en deuda, quería que fuera él su primer y único hombre, así que las relaciones tomaron otro rumbo: Sodomía. Quería convencerse que era él y no otro quien deseaba para su vida. Planearon omitiendo el disgusto de la madre, una boda a escondidas. En realidad fueron muchas las bodas planeadas, todas frustradas. Todas las impulsaba un embarazo, luego su interrupción, menguaba los ánimos y planes; tal situación se hizo recurrente. Los padres de *El Negro* eran una fábrica imperfecta, él heredó la

adicción a las drogas y las ganas de morir. *El Negro empezó a cambiar de la noche a la mañana, sí, sabía que se drogaba pero eso nunca impidió que estuviéramos bien.* Decía ella, recordándolo.

## II

*Decidí buscarlo, sabía que podía contar con él, ya estaba terminando el colegio, esa era la oportunidad para enfrentar a mis padres, casarnos y formar un hogar. En verdad lo amaba, pero la realidad, para ambos, se presentaba hostil. Desesperada lo busqué, en su casa, no dieron señal alguna de vida. Un amigo suyo me indicó dónde podía encontrarlo. Llegué. Era una de las ollas más atroces del pueblo. En lo que parecía ser una casa en vía de extinción (unas pocas paredes bailaban asegurando desplomarse), en las tres paredes que aún estaban en pie, había rastro de un incendio. El negro era un muñeco lanzado al vacío, su mirada caía a un ritmo quedado. En la barba dispareja Carla observó rastro de pegante. ¡Negro! ¿Qué está haciendo aquí? Se adelantó a preguntar. Incoherencias, palabras torpes salieron de su boca, boca casi sellada a causa del espeso*

líquido. La deshidratación y confusión que presentaba era inesperada. Imitaba el color del pegante. *Estoy embarazada*. Le confesó. Pareció no entenderla, o al menos la información se fijó en sus oídos imposibilitando llegar a sus neuronas y ser asimilada. Le llevó agua y espantó los gallinazos que lo proveían de sustancias diversas; las mismas que Carla luego experimentaría en afán de comprenderlo. Medio día decidió acompañarlo, cuando parecía estar llegando en sí, repitió la noticia. Contrario a lo esperado, él le dijo: *el problema es suyo, no mío, piense mejor quién es el padre*.

La decisión fue radical. Luego del sangrado y transcurrida una semana, llegó él; nuevamente traía flores. Resignado, llegó suplicante. *Perdón, no sé lo que dije*. La respuesta fue un golpe de la puerta en su nariz. Decidió enamorarla. Lo logró. Ahora los planes de boda eran más serios, no tanto como para que los suegros lo supieran, pero empezó a trabajar y ahorrar. Nuevamente quedó embarazada. Había iniciado la universidad y se dio la oportunidad de continuarla. Abortó, él no lo supo. *Empecé a sangrar de un momento a otro*. Fue todo lo que dijo por teléfono. Él le creyó, esta y las otras veces. Cuando él debía viajar por su trabajo (era camionero), la dejaba embarazada y al regresar ella rompía en llanto.

Uno de los tantos simulacros de boda, fue frustrado por los amigos del Negro, no tan queridos por Carla. *¡Dos millones, eso era el total de un año de ahorros!* Me confesó Carla alterada. *Yo era quien los guardaba, porque sabíamos que en manos suyas no durarían. Con esa plata compraríamos los trajes, pagaríamos en la notaria el costo completo y haríamos un par de trámites más. Incluso alcanzaría para pagar dos meses de arriendo. ¡Pero claro! Él no tenía el valor suficiente como para defender lo nuestro*. Llegó a eso de las tres de la mañana, trabando sus pasos y buscando su norte. Tocó a la ventana de Carla que daba justo a la calle. *Amor, Amor*. Cuando ella le abrió, reconoció los ojos desorbitados, intentó en vano cerrar la ventana, El Negro, interpuso su codo. Desilusionada pregunta. *¿Qué quiere Negro?* Sin saludarla le exige el dinero. *¿Pero para qué lo quiere? Hay justo lo que necesitamos. ¿Qué va a comprar a esta hora?* Decidido le pide nuevamente el dinero, le aclara y recalca que es suyo: *Yo fui el que trabajé, usted sólo lo guardó. ¡Lo necesito y lo quiero ya!* Con la decepción en los ojos y las palabras de la madre en su memoria, le entrega el dinero, dejándole en claro que no regrese. Él se va, pero regresa. Las aves

abrían la mañana. *Carla, mire, usted no me dio la plata completa.* Ella somnolienta le indica que no tiene más: *seguro sus amigos lo robaron, o en la olla le dieron menos por lo que pagó.* Insistía diciendo que él hizo las cuentas y sabía que le faltaban cuatrocientos mil pesos. *¡Sabe qué yo no me llamo plata!* Dijo asomándose por la ventana. También mostrando los billetes, los mismos que decidió rasgar uno por uno y tirarlos al suelo para que él recogiera y se viera en la tarea de unir. *Mire, esta es la plata que le falta y se la entrego así para que le rinda.* Cerró la ventana y con ella, las posibilidades de casarse, de nuevo.

## III

*¡Qué hago, la hemorragia es demasiada!* Trató de calmarme: *Es normal, si no fuera así, deberías preocuparte. ¿Tienes mucho dolor?* Claro que lo tenía, mi cadera iba a romperse. Sentí lo que imagino una madre siente cuando da a luz. Un dolor tan agudo y constante que amenazaba con descuartizarme.

Nunca olvidaré aquel olor, el mismo que al ingresar al baño llenaba mis fosas nasales y se cernía en mi memoria. Me sentaba por largo tiempo, mientras la sangre purificaba mi vientre, mientras esa masa carnosa que trataba en vano de ser alguien, se vertía por mis piernas; el olor de ese papel blanco que intentaba frustrado dejar la fragancia de frutos silvestres, ingresaba a mi nariz con el olor intacto de las pastas y luego los óvulos que debí introducir a causa de una infección casi inmediata; la misma que de manera irreversible dejaría huella.

Sin responder mis piernas intentaba caminar, encorvada la columna puso en alerta a mi prima. *¿Qué te pasa?* Corrió en mi auxilio. *El periodo, tengo el periodo.* Tomó mi mano derecha y tocó mi espalda. *¡Esto no puede ser normal!* Traté en vano de erguirme. *Este es el trato mensual que me da mi ciclo.* Me llevó hasta la cama. *Siento que estoy pariendo.* Terror, en eso se resumía su cara. *¿La llevo al hospital?* Me alteré. *No puedo... no al hospital.* Nadie más podía saber, con Carla, Él y yo, bastaba. *Espera, trata de calmarte, descansa y me cuentas cómo sigues.* Dijo Carla cuando terminamos de hablar vía Skype, antes de indicarme que los síntomas daban cuenta de una posible infección. Moriría, pensé, todo se resumiría a eso, el fin de todo este absurdo culminaría en cuestión de horas, la vida era lo que menos importaba al lado de la imagen de una madre descompuesta y horrorizada por el caso de su hija. “Descansa”, era fácil decirlo, ¡cómo diablos podía descansar si de la cintura para abajo estaba muriendo!, no sentía las piernas, y toda mi cadera crujía como cáscara de huevo. ¿Él o ella quería matarme? Si era así, lo aceptaba, era justo; unas por otras. Pensé.

*¿Cómo sigues?* La fiebre y los delirios me impidieron comprenderla. *¿Prima, estás bien?* Iba a romper en llanto cuando saltó de mis labios la noticia. Un gran signo de interrogación se dibujó en su rostro. El narrarle todo, disminuyó en cierta parte las contracciones, debía pensar en otras cosas. *Toma el computador, por favor, busca qué puedo tomar.* Trajo un par de acetaminofén y casi de inmediato caí en un sueño profundo. No me dejó ni un momento. Pasadas algunas horas mi madre llegó, preocupada pero consciente de lo que sucedía en mi cuerpo. Luego, dijo inocente: *Cualquiera que la vea así, dirá que estás abortando.*

## IV

Era la segunda vez que su prima le salvaba la vida. La primera fue a sus nueve años, ella tenía siete. Esa mañana un vecino decidió colgar además de las cartas y deudas que dejó, su cuello. Le llamó poderosamente la atención saber qué pudo experimentar al agotar su respiración. Se preguntó si sería tan fea la muerte como para dejarle semejante expresión en la cara. No lo vio, pero todos describieron cosas macabras. *Juguemos con nuestras hijas*. Creyó siempre que las muñecas vivían, las cuidaba, bañaba y celebraba el cumpleaños cada semana. *¿Qué dices si hacemos un columpio?* Nunca hacía algo sin pensar en un fin. Su prima asentía ante los requerimientos o deseos.



Trabé una cuerda en una viga que se ubicaba arriba de la cama de mi madre. Juegos van y vienen. *¿Qué habrá sentido él?* Dije, pero mi prima no entendió la profundidad de mi cuestionamiento. Bajé las muñecas del supuesto columpio, metí mi cabeza, relajé mi cuerpo y dejé que mi peso limitara mi aliento. La conciencia no se pierde de inmediato. Pensé mientras miraba fija sus ojos, ella estaba horrorizada, yo entusiasta. Vi que salió del cuarto (años más tarde ella me contaría que en ningún momento me había dejado). Todo se hizo oscuro. Me vi en un túnel o tubo, parecía patinar porque la velocidad que alcanzaba era exagerada. Vi en las paredes del túnel líneas de luces, eran de colores verde, rojo y amarillo. Necesitaba llegar con urgencia al final, lo digo por la velocidad no porque en verdad experimentara sensación alguna. Cuando uno se desconecta del cuerpo, cuando empieza a “morir” como indican muchos, no existe nada, no hay otros, no hay emociones, es un vacío que te llena. No hay tiempo. Antes de llegar al final, que parecía ser un círculo de luz blanca, mi nombre llegó a gritos. La voz venía de atrás. Me giré por la parte izquierda. Me desperté en los brazos de mi prima. Gritaba y lloraba. Cuando fui consciente de lo sucedido traté de calmarla. Ambas lloramos. Mi cuello amenazaba con desarticularse, varias líneas de sangre en mi garganta recordaron aquel viaje. Pedí perdón a la vida y a ella. Siempre había tenido ideas suicidas, pero estar al límite compromete otras cosas.

Nuevamente estaba muriendo. Sabía que en ese momento estaba en el límite, mi cuerpo confesaba no resistir más. *¿Sería esta la prueba definitiva que me arrojaba a la muerte?* En la primera marqué de por vida a mi prima. En esta, asesinaba a un inocente. *¿Cuánto más debo afectar a otros para seguir viviendo?* Había muerto en tan poco tiempo y de maneras tan diversas, que no me explicaba el cómo y la razón de mis resucitaciones, parecía que todo perdiera o ganara de manera radical, su sentido. La justicia no era la herramienta con la que trabajaba a menudo.

### ***Leyendo entre líneas.***

Cuando lo vi por vez primera, contaba con doce años de edad. A los siete años había pertenecido a un grupo de teatro, llegué a integrarme porque dentro de un ejercicio escénico presentado en la escuela, el profe de teatro de la Casa de la Cultura había quedado impactado con mi papel protagónico. En verdad amaba el teatro. Guille, así se llamaba el profe, me invitó a hacer parte de un grupo que estaba dirigiendo y necesitaba una niña que contara con las características del personaje principal, esa era yo. Acepté y de inmediato iniciamos el montaje de *El lago de los cisnes*. Yo encarnaba a la bella princesa que soportaba a su vil madrastra y ante la conversión de sus hermanos a cisnes tuvo que presentarse muda. El telón nunca se abrió, ni nosotros pisamos el escenario. El director viajó a otra ciudad por una propuesta de trabajo mucho más jugosa. Mis

pobres hermanos se quedaron cisnes y yo, muda. Decidí entonces a los doce años retornar, ya no estaba el profe Guille, pero quien lo reemplazaba tenía mayor incidencia en *Pueblo Roto*. Mi madre en el afán de cuidarme, me hizo prometerle que no volvería a pisar aquel lugar. El arte no le importaba en lo más mínimo, quería a su hija completa y los comentarios sobre algunas prácticas y el consumo de varias drogas, representaban para ella un peligro.

Una tarde tomé aire y volé. Descendí de la montaña en la que vivía y aterricé en el lugar que ahora se presentaba prohibido. Al entrar sentí que las alas de mis hermanos cisnes empezaron a ondearse, llenando de frescura mi ser. En el corredor, una mujer muy tierna, decente y rubia me atendió. La misma que años después se apoderaría con fuerza de mis cabellos, amenazando con dejarme calva.

Llegué donde ella me había indicado, los integrantes del grupo de teatro ya estaban terminando un ejercicio, los observaba por un orificio de la ventada de madera. Sentí que renacía. *¿Qué haces ahí?* Salté de la impresión. Era *Él*. *¡Entra, acompáñanos!* Ingresé, todos los participantes me doblaban en estatura y edad, se veían tan llenos y a gusto. La pena no me califica, así que dije mi nombre y que deseaba hacer parte del grupo. Varios aplaudieron, decidieron terminar de presentar los ejercicios grupales. Volvería pensé y así lo comuniqué; sin embargo mi sueño que se presentaba como un globo aerostático, gigante y sobrevolando el cielo; perdió su fuerza, quedó a la deriva a causa de una tormenta gestada por mi madre. *No, no tienes permiso. Ya te lo había dicho.* Al igual que el globo aerostático, perdí fuerza, quedé a la deriva, sin aire.

Al verle sentí algo particular. Había más que un gusto. *Recuerdo cuando te vi por vez primera.* Decía *Él* una noche que yo le confesé mis anhelos por hacer parte de aquel grupo; el teatro de aquella época tenía mayor grado de exigencia. De un momento a otro retrató aquella escena, incluso describió la ropa que ambos llevábamos. Era un mentiroso, uno con destrezas magistrales.

## II

Por más que *Él* intentara negarlo, estaba más que segura que había militado en el *M-19*. Lo supe cuando empecé a unir las fichas. Los libros con los que contaba, los discursos y posturas políticas que pregonaba, los lugares que no podía visitar. Pero más que esto, son dos detalles que nunca olvidaré. Para la cátedra de Constitución Política debíamos elegir algunos temas para exponer. Elegí la Toma del Palacio de Justicia. El tema me interesaba por muchas razones. Con la manipulación de los medios masivos, me sentía limitada, así que para ser más objetiva, recurrí a *Él*. Sabía que tenía información valiosa. Efectivamente la información que me dio, nunca fue revelada por los medios. La forma de hablar era 100% testimonial, pasaba desde la euforia civil, hasta las estrategias del gobierno, nombrando las razones en las que el *M-19* se refugiaba para llevar a cabo todo lo sucedido; incluso, me indicó cuál fue y no la participación de uno y otro

bando. A esto se le suma una fotografía, una que mi compañero decidió incorporar en las diapositivas, lo vi a *Él*, con un pañuelo rojo tapando su nariz, boca y cuello. Llevaba un fusil en las manos; *Él* y otros dos encapuchados estaban tirados en el suelo, esperaban la orden de atacar. Lo negé todo. Sin argumento creíble, lo negé y decidí incinerar el tema. Tal como yo lo hice con *Él*. Negué nuestra historia unos cuantos años. Aún presento dificultad para nombrarlo...

- Le dijo que era virgen. Ahora se presenta a gusto al saber que le mintió. Hay en ella cierta resistencia al pensarse como una de las tantas niñas que entregan a los jefes guerrilleros en las noches silenciosas de la espesa selva. Donde el hombre nutrido por esfuerzos ajenos coloniza el cuerpo de una niña que será mujer en sus manos. Se le suma la casualidad de que todas las mujeres que pasaron por su vida, a excepción de una viuda, fueron vírgenes.

...La viuda le consumió hasta los sueños, el único que sobrevivió fue el teatro me confesó *Él* en uno de nuestros viajes, justo antes de internarnos en el Quindío: *Estaba centrado en la escritura, a cambio de mis escritos, ella me daba todo lo que necesitaba. Le prometí hacer una obra de teatro que pareció no tener fin. Esta significaba mi boleto de libertad. Al terminarla, la busqué a ella, antes de ponerla en sus manos, rompí una a una las hojas de la interminable obra. Recordé las setecientas páginas de la novela que Bolaño rasgó en frente del poeta para recalcar que sólo la poesía era en ese momento su norte. Contó *La Mona* con risa irónica: ¡No más! (Continuó ella la historia de *El innombrable*). Me voy para nunca regresar. Y así fue, se fue con lo que tenía puesto. Un par de zapatos negros, una guayabera blanca y pantalón marrón. Si es o no cierto, sólo *Él* cuenta con la verdad; pudo leer al igual que yo la biografía del *infrarrealista*, e incorporarla a su imaginaria vida.*

Desde ahí empezó a coleccionar vírgenes, tal como Drácula. La única diferencia era que su creadora era la viuda, no *Bram Stoker*. Necesitaba recobrar la vitalidad perdida y empezó con púberes campesinas, ¿quiénes más que ellas para caer ante el encanto del hombre de la ciudad? Uno que se presentaba maduro y capaz. Desconozco el total de las jovencitas que cayeron en sus garras. Pero dentro de las muchas, estaba ella, su primera Adriana, una niña que se interesó por

sus poemas, (porque según *Él*, también era poeta). Una mañana, ingresó a un colegio de un pueblito del Quindío, llevó varios de sus poemas en hojas sueltas y algunos engrapados que vendía como libros. Decidió rifar un par, ella se ganó uno. Deseó que le diera un autógrafo. Se acercó y con lapicero en mano dijo: *¿Señor, puede usted regalarme su autógrafo?* Con mirada voraz, accedió, pero antes de tocar la hoja con la tinta, le dijo que si deseaba en verdad uno, estaría esperándola en la sala del hotel en el que se hospedaba.

Ebrio regresó en la noche al hotel. En el camino encontró a la joven caminando, arrastrando la mirada. Le pidió al taxista que se detuviera. La saludó. Brillaron sus ojos al verlo. La invitó a que regresaran. Estando en la habitación jugó con su pluma. Le ofreció un trago, ella dudó, le indicó que no tomaba, esto aumentó su estrategia. Aceptó el primero, luego otro, así hasta el amanecer. Ella le dio su cuerpo, *Él* una simple firma.

Cansado de buscar un lugar fijo para posar sin mucha fatiga su pie, cuando cesaron sus ganas de hacer y deshacer figuras en la piel de la tierra y decidió que sus hijos dejaran de ser de trapo, al igual que sus sueños. Tal como lo cuenta el poeta Jattin, pero cambiando el rumbo final; la eligió a ella. Se siguieron viendo. Años después de darle sus días más preciados y dos hijas (sólo una sobrevivió al parto), se casaron. Lo conocía un poco más que las otras amantes, así que firme lo esperó en el altar dos horas y media. El tiempo suficiente como para que muchos de los invitados se fueran y el sacerdote intentara cerrar las puertas para recalcarle que no había ceremonia. Borracho y drogado, Llegó.

### *La sexta después de las Ocho*

Viajé toda la tarde. Ya en el bus y en mitad del camino mi mente entretejía los sucesos previos y posteriores. ¿Cómo llegué a la buseta? ¿Por qué estaba ahí en mitad de dos ciudades que contraponían mi vida? Esas preguntas eran recurrentes, no sólo en ese momento, sino en el resto de mis días; aún me pasa, estoy en determinado lugar o momento y llegan algunos visos de conciencia, esos instantes cortos pero certeros. Es como si el tiempo se congelara, el momento mismo me diera la oportunidad de salir de escena, observar en derredor, acercar mi vista a los otros, a mí; a las acciones de otros que se presentan en cámara lenta, a mis actos futuros; cuestionarme mil veces por lo que hice y lo que no haré.

Estaba en la buseta, no recuerdo cómo llegué, ni qué mentira dejé en la nota sobre el comedor, en la que no me despedí de mi madre ni le pedí su santa bendición. Ella me creía, por más que dudara de su producto vital, se resistía a creer que su réplica, el sol de sus días y promesa de cambio y regocijo, le mintiera e hiciera de manera tan minuciosa las hazañas que ella, la madre hizo años atrás; los mismos que se interpusieron en sus sueños, esos que se alzaron como errores y la dejaron sola con una niña en brazos.

En definitiva no todo sería igual, de seguro abortaría, esa siempre fue su opción; la opción que la madre también brindó entre labios fruncidos, entre moralejas ajenas, en medio de regaños, de crisis económicas; cuando se miraba al espejo y no reconocía la mujer frustrada y ajada por el sol y el esfuerzo diario. Recordaba las palabras de la madre cuando compartía orgullosa la proeza de la prima Lina que ahora estaba bien, con carro, casa y título; sus ojos se congraciaban y no disimulaba la sonrisa. Ella supo en ese mismo instante (tres años atrás) que su madre la estaba perdonando, le daba luz verde ante la vil decisión. La besó en la frente, agradeció su resistencia a la iglesia, el ser libre y odiar cualquier dogma político, religioso, social. La madre estaba sola, los ojos acusadores persistían, eran casi dos décadas y los dedos índices aún la seguían, pero ella decidió ignorarlos, enterrarlos así como su familia hizo con ella.

Miraba por la ventana y pensaba en ella, de seguro no estaría tan orgullosa; la hija, el trofeo, su gran inversión, huía consciente de lo que hacía. Rechazaba en cada kilómetro, el sudor y desvelo de la madre; deshilaba su corazón tejido por noches, llanto y humillaciones; deshacía sueños, promesas y anhelos ajenos en cada paso. No era su culpa, nunca pidió venir al mundo, no en las condiciones que eligió la madre. No quiso ser su bien máspreciado, lamentaba sus decisiones al saber que ellas cavaban su tumba, el mismo orificio en el que ingresarían las dos, primero ella y luego descompuesta, la madre.



## II

Quería huir de ella, la madre; creía que *Él* sería su mejor opción, su gran boleto, desgastado pero útil. Había sido directa y franca, no estaba en sus planes fragmentar una familia, poco le importaba el papel elegido y designado, quería vivir, con *Él* y otros, no sólo la esposa era quien acompañaba sus noches y mañanas, eran otras, rubias y morenas, de cuerpos y dimensiones diversas. Ella desconocía la decisión real de *El innombrable*, *Él* sabía que en cualquier acto estaría presente, pues era dispuesta y se mostraba perpetua e incondicional; su voz muda lo seguía y aceptaba con mirada perdida. En pocas palabras, Adriana, su Adriana era la mujer ideal.

La noche se impuso tratando de alcanzar el sol, las estrellas se mezclaban con las luces de la ciudad. ¿Dónde lo encontraría? Son muy pocas visitas a dicha ciudad, ella teme, pero al descender encuentra un taxi extrañamente parqueado; suena su celular, le indica que ingrese al automóvil, allí lo encuentra. *No pude besarlo, no hasta que se cerciorara de que nadie lo reconocía.* (Nos confesó aquella tarde *La Mona*, cuando parecía más lúcida. La Directora del Hospital accedió a nuestras visitas, le indicó a Andrés, que nuestra presencia ayudaba en gran medida al tratamiento. Conformes seguimos escuchando). *Quiero que conozcas algo.* Le dijo y la llevó sin que ella aceptara o negara. Eso era lo que me atrapaba, *Él* lo sabía, me gustaban las experiencias nuevas, los lugares marginales, la gente del común que en definitiva resultaban ser artistas grandes, que no eran aclamados como otros pero quizás no eran tan buenos como los mortales que se filtraban en noches y bares. Le indicó al taxista que nos dejara en cierta Avenida, el hombre lo miró como si fuera una broma, quizás pensó: *turistas, son turistas.* Por eso se adelantó a preguntar: *¿Señor, Está seguro? El innumerable* asintió con una gran sonrisa; parecía el Guasón en *El caballero de la noche*. Sus ojos desorbitados me indicaban que ya había bebido, tal vez estaba ebrio, sin duda unas cuantas líneas del polvo blanco, lo acompañaban.

El clima por alguna razón no era tan cálido como suele serlo en aquella ciudad, donde la noche no es excusa para hacer sudar los cuerpos inmóviles, para enredar los cabellos de mujeres y hombres con el viento ligero. Miraba el reloj de manera insistente, retrasaba cada vez sus pasos, tenía la mirada fija en una esquina, desconocía lo que allí podía encontrar, parecía como si hubiese una fiesta sorpresa y yo era la festejada. *¿Alcanzas a ver la casa que está detrás de las otras? Esa de ventanas y puertas de madera. Esa que tiene una baranda caída.* Con dificultad la observé, era una estructura antigua, cuyo soporte no era visible pero que aseguraba una rara estabilidad, era como si huyera de la gravedad. No tenía luces encendidas, pero *Él* aseguraba con los ojos abiertos, que aquel lugar aún funcionaba, justo a esa hora todo iniciaba.

*Cuando vivía en esta ciudad, siempre quise visitarla, todos me decían que no era conveniente, que buscara otro sitio si quería escribir, menos ese; ¿Sabes por qué? Negué con mi cabeza, la boca muy abierta y frunciendo el ceño. No todos los que entran vuelven a salir. Pensé que era una broma así que una risa sonora se me escapó de pronto. Con una señal impidió que siguiera mi risa inoportuna. ¡Es en serio! Algunos pagan un fin de semana completo, escriben las notas o lo que vayan a dejar, e inician su ritual de muerte. ¿Se suicidan? Le pregunte extrañada. No sólo eso, en ocasiones llegan grupos, que pagan muy bien, encienden la grabadora que alquilan, ponen el volumen máximo e inician secciones de torturas. Ninguno, incluidos los alquiladores, saben con certeza, cuántos muertos han ocupado esos cuartos. Mi rostro se puso pálido, creo, lo digo porque sentía mis mejillas frías, era imposible cerrar mi boca, la quijada estaba totalmente suelta. Tragué saliva y dije: Por eso nunca te quedaste, ¿Verdad? Él se limitó a sonreír, era como si con la pregunta le diera el galardón que tanto esperaba. Claro que sí. Pagué todo un fin de semana, pero no resistí todo ese tiempo. Llegué a eso de las 8 pasadas, quería ver la gente que transitaba justo por esta calle en horas de la noche, la que pisamos ahora. Así que decidido llegué, alguien a quien le faltaba una oreja y tenía una cicatriz profunda en la mejilla me atendió; me miró con duda, creyó que estaba perdido. Le dije que quería un cuarto que me permitiera ver la Sexta completa, así que me llevó por un estrecho y sucio corredor, un bombillo verde trataba en vano de alumbrar el camino, las puertas no tenían más que unas cadenas y candados para asegurarlas. Antes de retirar completamente la cadena de la puerta en la que yo ingresaría, me pidió el pago completo por el fin de semana, no era mucho, le di el dinero y entré triunfador; sentí que había ganado. Cuando entré, él haló una cuerquita y un bombillo encendió pero se quedó intermitente toda la noche. Apenas pisé el cuarto el hombre cerró la puerta. Empecé a recorrer aquel lugar, no era tan grande, pero sin duda, guardaba centenares de historias. Escuché que el hombre aseguró con la cadena y el candado la puerta. Me gritó desde afuera que abriría a eso de las siete de la mañana, que si quería ir al baño, contaba con una cubeta, que no me preocupara. Me pareció extraño, pero al inicio era tanta la adrenalina que recorría mi cuerpo, que no me importó estar prisionero, por fortuna contaba con un panorama amplio. El dichoso cuarto tenía un área de 2 metros cuadrados, las paredes eran de varios tonos que iban de marrón a ocre, algunas de las huellas y rastros de arañazos parecían de color negro, me imagino, por los años.*

*La sexta, antes de que tú nacieras, era otra cosa, era un lugar de fiesta y disfrute, tanto las chicas de alta sociedad como las corrientes, se paseaban con sus trajes de sastres, la salsa era la música preferida, cada paso era marcado por el son. La sexta que ves ahora y la que traté de describir aquella noche, era otra. La violencia se ha impuesto y no hay posibilidad alguna que se mude a otro lugar. Esa noche fue la peor de toda mi vida, sabes que no he tenido muy buenas, lo sabes porque te lo he dicho todo; tienes de mí, historias que ninguna otra ha podido compilar, yo doy información dispersa, y si digo una, no digo tres o cuatro anécdotas a la misma mujer. ¿Ni siquiera a ella?* Le pregunto. Asegura con la cabeza. *Ni siquiera a ella.* Ahora nos hemos detenido, no me animo a sentarme en el andén como haría en otra ciudad o al menos otra calle en la que estemos, observo que al inicio estaba sola, ahora está algo más concurrida, pero sólo veo sombras que lentamente se aproximan. Escucho el ritmo de tacones altos y firmes.

*Cuando estaba mirando esa noche la Sexta, vi cosas que cuesta imaginar como realidades. Ahora veras algo de eso. Observa que se acercan.* En definitiva, nunca había visto algo así, las siluetas altas seguían creciendo cada vez que se acercaban más, en la piel rebotaba la luz opaca de las lámparas repartidas en toda la calle, un color bronce exaltaba la firmeza de aquellos cuerpos tensos y macizos; algunos con más delicadeza que otros, se aproximaban. Pasaron a nuestro lado como una estampida, la altura, colores y diversidad de cuerpos nos trasladó a un safari en África. Hombres que jugaban con su rol y cuerpos, exhibían tatuajes y perforaciones en la extensión de su piel. Con aquel verano no podían llevar más que firmes tacones, tangas y sostenes en pechos hechizos, algunos rellenos de algodón, otros con silicón bajo su dermis. El maquillaje era diestro, el desfile y presentación imitaban pavos reales en mitad de aquel desierto de cal y bloques cómplices.

*Lo que vi en la Avenida era más tranquilizador de lo que podía escuchar en los cuartos vecinos. Sin duda alguna este lugar era un escondite perfecto para cualquier criminal, los actos de todo tipo eran permitidos, un billete más hacía la diferencia, un billete más compraba el silencio que los otros billetes ofrecidos no habían logrado. Eran las nueve, quise salir, pero no fue posible. La*

*puerta estaba con candado, lo había olvidado. Quise gritar pero los ruidos aledaños opacaban los míos, me sentí seguro al pensar que una cadena resguardaba mi puerta, luego el horror fue mayor, la droga y el licor hicieron una explosión que nunca antes efectuaron; aluciné con el hombre que me había dejado entrar, era él quien tenía la llave del candado, posiblemente la única, la conocía, era él quien podía ingresar a cualquier hora, a hacer lo que se le diera la gana, a jugar con mi cuerpo encadenado, porque la puerta era lo de menos, la cadena la llevaba yo, ese hombre que nunca imaginé me había encadenado, llevaba consigo la llave oxidada, la llave que al ingresar y girar empujaría cada una de las claves internas de aquel candado con la cara de un león impresa en su frente.*

Cuando hablaba sus ojos se desconcertaban más, muy pocas veces me miraba, nos quedamos estáticos mirando aquella construcción arcaica en el suelo de la Avenida. No sabía si observar los cuerpos irreales que trataban de rosarnos, esos a los que yo les devolvía una gran sonrisa, la misma que una niña da a los zaqueos de un espectáculo de circo callejero, o mirarlo a él, el hombre que ya conocía en todas las horas, al que podía describir con los ojos vendados. Inició la marcha y yo repasaba sus pasos. *Quería estar aquí contigo, hace tanto tiempo, aquí en este pedazo de historia, mi historia, porque todo esto soy yo, soy lo indeseable, lo inmoral e innumerable, soy los otros, esos que no muestran las cifras censales, los que no existen, aquellos NN que alimentan fosas tan comunes, soy la noche y su silencio, soy lo raro y absurdo de todo cuanto hay.* Mientras hablaba, dejaba caer unas cuantas lágrimas por su cara, las mismas que besé y sequé con mi lengua. Detuvo un taxi y me llevó al mismo hotel de San Antonio, ese que esperaba nuestro arribo a *La Ciudad de la Salsa*, en cómodas camas y atrevida terraza. Esa noche hicimos el amor con todos los sentidos, con todo el arsenal de besos que ambos guardábamos en la sumatoria de días.

Nunca lo supo, pero la Avenida Sexta, éramos los dos, ella mostraba todo lo que negábamos pero existía, era lo más bajo; aquellos secretos que intentamos guardar en una caja y arrojar al mar o quizás incinerar; aquellos fantasmas que deambulan en las noches o tardes tumultuosas y que decidimos negar. *La Avenida Sexta*, nos permitía desnudar más que los cuerpos; lograba desvestir nuestras almas, mostrar cuanto teníamos y lo que nos faltaba, nos permitía ser, nada más que eso, ser nosotros, sin importar las etiquetas, títulos, kilómetros transcurridos e ignorados; conseguíamos

ser uno, nuestra historia fue más de lo que hay; fue algo similar a esa noche, nuestra historia es la Sexta después de las Ocho.

## III

Observaba tras el cristal, el cerro prometedor, las cruces simbolizarían para otros algo sacro, pero no para ella. En su mente renacía el rostro de la madre. Suena el celular y reconoce la voz es ella, le pide que regrese, que lo único que quiere es demostrar que es una mujer adulta, que deje la tontería y que regrese, que no es más que su niña, la misma que por años ha protegido, *regresa, te prometo que las cosas cambiarán*. Ella cuelga, cree que la vida le presenta otra oportunidad, que quizás no sea tan lamentable o tan maravillosa la vida con *El innombrable*, pero que en definitiva será algo diferente, no más juegos y locuras infantiles, aunque en su pecho una sensación de vacío le indica que puede ser otra más de sus pataletas. Su mirada traspasa el cristal, observa todo cuanto se presenta en el camino, con lentitud asfixiante; quiere que la buseta gire y la regrese a su hogar, a sus tardes de helado, a los juegos, a la música de las fiestas en las que siempre compartía con sus amigas.

Espera, tal como lo acordaron, espera; encunando la tarde en sus ojos, espera; con la angustia repentina de encontrarse en un lugar desconocido, espera. La sangre es hielo. ¿Cómo retornará? ¿Tendría su madre la razón en momento tan crucial? ¿Podría *El innombrable* dejarla en medio de la nada, en una ciudad que no era la suya, sin el dinero suficiente para regresar? ¿A qué jugaba, revolver toda su vida y manchar los otros a costa de nada? ¿Regresaría con ella, la mujer a la que tanto despreció?



## IV

- Antes de culminar la entrevista, algo en Camila no anda bien, su rostro descompuesto lo indica. Sale sin explicar nada en absoluto. Trato de alcanzarla, me esquivo, ingresa al carro. En vano trato de recoger el equipo y despedirme de las enfermeras. Algo en La Mona, no me agrada, su mirada desafiante nos despide.

- *¿Era esta la dichosa historia que querías que yo descubriera?*
- *Espera, no entiendo.*
- *¡Eres un idiota! ¿Qué se suponía que encontraríamos? No te perdonaré nunca por lo que me has hecho.*

Ingresamos al carro, Carla llora inconsolable. Me esquivo. Llegamos al apartamento, tomo su ropa y algunos libros. El dolor le impide pronunciar palabra.

- *¿Por qué la historia te afecta de esta manera?... Debes explicarme, sólo así puedo ayudarte. Recuerda está mal de su cabeza, si dijo algo malo, no lo creas, Por favor, no me hagas esto. ¿Es en serio? ¿Te vas? ¡No es para tanto!*

Se detiene y me mira, como deseando comunicar todo por telepatía, surge en ella el regreso de un dolor que desconozco, el mismo que ha callado e intentado sepultar. Todo se hace más claro.

- *¿No es para tanto? ¿Qué debo hacer entonces? ¿Darte un aplauso? ¡Ah, no! ¡Mejor una palmada en el hombro! ¡Bien colega, lo has logrado! ¡Por fin encontraste algo que valiera la pena! ¿Cuánto cobrarás por esta historia?... Debe ser mucho dinero ¡Te exijo que sea una gran cantidad! La suficiente como para que amerite el rompimiento, porque ¡se acabó!, no quiero volver a verte, por el tiempo que me reste de vida.*
- *Lo siento, te amo, en verdad no sabía todo lo que vendría. Te lo juro. Al inicio sólo quise que la conocieras por la historia, no sabía todo lo sucedido.*
- *Que mal profesional eres, deja mucho que decir. Emprendiste un proyecto y me involucraste sin tenerlo bajo control, dónde está tu capacidad de cálculo. ¿Si no sabías el final, qué era lo que realmente buscabas?*
- *Mmm...*
- *¡Bien, tu silencio aclara todo! Dime algo que no entiendo muy bien ¿Por qué ella no lo nombra? ¿Por qué no describe su muerte? ¿También haces parte de eso? ¿Sabías que si omitía esos detalles, me tendrían hasta el final, verdad? ¿Le dijiste que no podría nombrar a mi padre, ni su muerte?*
- *No, así no fueron las cosas.*
- *¿Sabes qué? No te creo. Tú lo sabías, conocías nuestro dolor, sus mentiras y sabías también de su existencia...*

Se fue, dejando tan solo los cabellos dispersos en toda la casa, dejando el eco de su voz en la mañana, su fuerza y empeño en las teclas del pc. Nunca más la escritura, nunca más su presencia. Se fue, se llevó todo, no me dejó nada, pues los recuerdos también se fueron agotando con el paso de los años. Fue ella quien alentó mis pasos, la esencia de los días, la energía vital.

## Referencias Bibliográficas

- Arjona, J. M. (5 de Enero de 2016). *BAUDELAIRE, el poeta de la ciudad*. Obtenido de Portal de Filosofía de Julia Manzano Arjona: [http://www.tindon.org/julia\\_manzano/poesia9.html](http://www.tindon.org/julia_manzano/poesia9.html)
- Ernesto, E. (2004). El Individuo, La Soledad Y Las Ciudades Mentales Desde La Literatura Urbana. En J. A. Blanco, *Ciudad y Literatura. III Encuentro de Nuevos Narradores de América Latina y España*. (págs. 115-125). Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- Freire, M. (2004). La Literatura Con Los Pies En El Teclado. En J. A. Blanco, *iudad y Literatura. III Encuentro de Nuevos Narradores de América Latina y España*. (págs. 63-71). Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- García, A. (2004). Dos Pagos De Deudas Y Un Ajuste De Cuentas. En J. A. Blanco, *Ciudad y Literatura. III Encuentro de Nuevos Narradores de América Latina y España*. (págs. 85-95). Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- Giraldo, L. M. (2004). *Ciudades Escritas*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- Medina, E. (2004). Pensé Que Sólo Los Peces La Movían De Esa Forma (o cómo perder los pocos amigos que te quedan). En J. A. Blanco, *Ciudad y Literatura. III Encuentro de Nuevos Narradores de América Latina y España*. (págs. 95-105). Bogotá: Convenio Andrés Bello. .
- Rivero, G. (2004). La Ciudad Collage. En J. A. Blanco, *Ciudad y Literatura. III Encuentro de Nuevos Narradores de América Latina y España*. (págs. 43-55). Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- Ruiz, J. A. (7 de Enero de 2016). *Novela Colombiana*. Obtenido de Luz Mary Giraldo: Búsqueda de un nuevo canon: [http://www.javeriana.edu.co/narrativa\\_colombiana/contenido/bibliograf/giraldo/adios.htm](http://www.javeriana.edu.co/narrativa_colombiana/contenido/bibliograf/giraldo/adios.htm)
- Silva, A. (2006). *Imaginario Urbanos*. Bogotá: Arango Editores.
- Valencia, C. (2004). Nuevas Técnicas Urbanas En La Literatura Nacional. En J. A. Blanco, *Ciudad y Literatura. III Encuentro de Nuevos Narradores de América Latina y España*. (págs. 77-85). Bogotá: Convenio Andrés Bello.

Valencia, M. A. (2010). Principios Estéticos de la Novela Urbana, Crítica y Contemporánea. *CALLE14 Revista de Investigación en el campo del Arte*, 1-30.

Zeiger, C. (2004). Entre La Ciudad Real Y La Ciudad Mental. En J. A. Blanco, *Ciudad y Literatura. III Encuentro de Nuevos Narradores de América Latina y España*. (págs. 35-43). Colombia: Convenio Andrés Bello.

### *Narrativa y lírica.*

Baute, A. (2004). *Al diablo la Maldita primavera*. España: Editorial Alfaguara.

Chaparro, R. (1992). *OPIO EN LAS NUBES*. Bogotá: Editorial Babilonia.

Caicedo, A. (2001). *¡QUÉ VIVA LA MUSICA!* Barcelona: Norma Editorial.

Márquez, G. (1999) *Doce Cuentos Peregrinos*. España: Editorial Nueva Narrativa Mondadori

Márquez, G. (1967). *Cien años de Soledad*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Fernández, I. (2012). *El siguiente por favor*. Bogotá: Editorial Babilonia.

Mejía, M. (1973). *Aire de Tango*. Medellín: Editorial Bedout.

Reyes, E. (2002). *Érase una vez el amor, pero tuve que matarlo*. Bogotá: Editorial Babilonia.